

**Ferrario de Orduna, Lilia E.**

*De Amadís de Gaula (1508) a Belianís de Grecia (1547). Jerónimo Fernández y la construcción de sus personajes, tradición y originalidad*

Letras Nº 59 - 60, 2009

Este documento está disponible en la Biblioteca Digital de la Universidad Católica Argentina, repositorio institucional desarrollado por la Biblioteca Central "San Benito Abad". Su objetivo es difundir y preservar la producción intelectual de la institución.

La Biblioteca posee la autorización del autor para su divulgación en línea.

Cómo citar el documento:

Ferrario de Orduna, Lilia E. "De Amadís de Gaula (1508) a Belianís de Grecia (1547) : Jerónimo Fernández y la construcción de sus personajes, tradición y originalidad"[en línea]. *Letras*, 59-60 (2009). Disponible en: <http://bibliotecadigital.uca.edu.ar/repositorio/revistas/amadis-gaula-1508-belianis-grecia.pdf> [Fecha de consulta:.....]

(Se recomienda indicar fecha de consulta al final de la cita. Ej: [Fecha de consulta: 19 de agosto de 2010]).

**De *Amadís de Gaula* (1508) a *Belianís de Grecia* (1547).  
Jerónimo Fernández y la construcción de sus personajes,  
tradicción y originalidad**

**Lilia E. FERRARIO DE ORDUNA**  
SECRET - CONICET

**Resumen:** *¿Por qué *Belianís de Grecia*, del abogado burgalés Jerónimo Fernández, no merece el fuego como otros libros de caballerías? El mundo troyano que presenta denota ciertas señales de las preferencias, rechazos e indiferencias del autor, que se perciben en el tratamiento de situaciones y personajes. Así, se advierte su interés por abundar en el mundo interior de varios de ellos porque, seguramente, no importaban para su obra aspectos reiteradamente presentados como las características de Cassandra o la celebrada hermosura de Helena. En el presente trabajo, se analiza particularmente la construcción de los personajes y se indaga cómo ésta puede haber influido en el hecho de que Cervantes aceptara y admirara la obra.*

**Palabras clave:** *Belianís de Grecia - Jerónimo Fernández - Cervantes - Quijote*

**Abstract:** *Why is it that *Belianís de Grecia*, written by Jerónimo Fernández, does not deserve to be burned like other books of chivalry? The Trojan world depicted in it shows some of the author's preferences, dislikes and omissions, which are perceived in the treatment of situations and characters. Thus there is an interest to explore their internal world because, most certainly, the author did not care for the frequently quoted characteristics of Cassandra or Helen's acclaimed beauty. This paper focuses on the construction of characters and intends to prove how it might have determined the fact that Cervantes accepted and admired the book.*

**Key-words:** *Belianís de Grecia - Jerónimo Fernández - Cervantes - Quixote*

Ante todo, debo agradecer a los organizadores de las Novenas Jornadas Internacionales de Literatura Española Medieval por invitarme otra vez, como en tantas ocasiones anteriores...

Nuestra conferencia de hoy se dedica a un aspecto de *Belianís de Grecia*, el libro de caballerías cuya edición príncipe apareció en 1547 en la imprenta de Martín Muñoz de Burgos; quizá haya que retrasar la fecha en dos años, de acuerdo con alguna conjetura. Lo cierto es que los ejemplares, al parecer únicos que se conservaron, corresponden a

1547. En todo caso, *Belianís de Grecia* tuvo la peculiaridad de aparecer en tres ediciones más en el siglo XVI: después de la burgalesa de 1547, se imprimió en 1564 en Estella; en 1580, en Zaragoza, y en 1587, nuevamente en Burgos, pero en los talleres gráficos de Alonso y Esteban Rodríguez.

Este texto entusiasmó al público lector a lo largo del Quinientos, a tal punto que, al parecer, Jerónimo Fernández, su autor, escribió la *Continuación* a pedido del Emperador. Sin embargo, la obra permaneció más tarde en silencio durante varias centurias hasta que la edición crítica de la *Hystoria del magnánimo, valiente e inuencible cauallero don Belianís de Grecia* fue tema de una tesis doctoral defendida en la Universidad de Buenos Aires, en 1984 y dicha edición crítica del texto de *Belianís de Grecia* fue publicada en 1997, es decir, 450 años después de la considerada primera edición...

Los personajes de *Belianís de Grecia* son numerosísimos, y se desenvuelven a lo largo de los 239 folios, recto y vuelto de este libro de caballerías, por lo cual hay distintas posibilidades de agruparlos. Aludiré rápidamente a ellos, porque, en general, son verdaderos estereotipos genéricos, de alguna manera, como se afirmó: “los caballeros y las damas que protagonizan estas obras no pueden escapar a un arquetipismo fosilizado en su uso constante”<sup>1</sup> (Sales Dasí, 1999: 6). Con respecto a los personajes principales, aclaro que dejo de lado *ex profeso* a uno de ellos que, en este género, es mucho más que un personaje principal, podríamos afirmar que es imprescindible, me refiero al narrador. Creo que un estudio comparativo del narrador en la literatura caballescica castellana del Quinientos, hoy que disponemos de numerosos textos en buenas ediciones, podría constituir un aporte de verdadero interés.

Los personajes principales de *Belianís de Grecia* son, por excelencia, el emperador Belanio, su hijo Belianís, príncipe de Grecia; y, posteriormente, aparecerán también sus hermanos Clarineo y Lucidaner. Ocurrió que el emperador Belanio, después de participar en muchas guerras, y vuelto a Constantinopla, decidió pedir a Toloyano, rey de España, la mano de su hija la Infanta Clarinda. Así surgieron otros personajes principales, encargados de tal embajada, el Rey de Vngría, primo del emperador y padre de Arsileo de la gran fuerza, y el príncipe de Macedonia, padre del príncipe Brianel, con otros duques, condes y grandes señores que no se nombran (ed. pp. 2-4), **ANEXO I**.

[**ANEXO I**: El narrador cuenta rápidamente cómo llegó la princesa Clarinda a Constantinopla, “donde grandes recibimientos le estauan aparejados por mandato del emperador”, se realizaron las bodas, y sin evitar la hipérbole infaltable, dicho narrador alude a las “tantas fiestas e plazer qual jamás hasta aquellos tiempos se auía visto” (p.4). Puntualizará después, aunque con la desmesura propia del género, el nacimiento de los tres hijos del emperador Belanio y la emperatriz Clarinda: primero, “el príncipe don *Belianís de Grecia*, emperador que fue después de los días de su padre; el segundo, don Clarineo de

<sup>1</sup> Quizá debiéramos matizar algo estas taxativas afirmaciones, pues, si bien es cierto que muchos de los personajes muestran esta aparente uniformidad, no todos son genuinamente iguales ya que, de pronto, aflora en algunos una actitud insospechada, imprevisiblemente virtuosa o negativa. Cf. Emilio Sales Dasí, “Ver» y «mirar» en los libros de caballerías”, en *Thesaurus*, LIV, 1999, 1-32.

España; el tercero, don Lucidaner de Tesalia, “los quales no sólo en el esfuerço y valentía parecieron al emperador su padre, mas a todos los de su tiempo excedieron, juntamente con tanta apostura e criança que a todos dauan de sí gran contentamiento, especialmente el príncipe don Belianís”, p. 5 ss.].

Aparecerá de inmediato el otro personaje al que ya aludí: “en el imperio de Grecia [...] vuo vn emperador cuyo nombre fue Belanio”, de cuya trayectoria se hace, en ese folio inicial, una síntesis que luego irá completándose. Se hace hincapié sobre todo, en su justicia, su condición de guerrero, en el temor que su nombre despertaba, en su nobleza, valentía y coraje, como en la habilidad para arengar a los suyos; otras aptitudes se registran en el **ANEXO II**.

[**ANEXO II**.: además de las condiciones señaladas, se distinguía por el trato a sus súbditos con “honrosa paz y sossiego”, “y con amorosa subjeción substentaua”, hera tan guerrero y desseoso de conquistar señoríos y reynos estraños que jamás su descanso era, saluo con la lança y escudo puesto en el campo, donde no como rey y señor, que de todos era, su persona trataua, antes como vno qualquiera de sus menores caualleros su persona a todos los mayores y más graues peligros arriscaua, teniendo por muy mejor que dada la batalla tuuiesen los estraños más que contar en sus prohezas y valentías que en los desastres por graues que fuessen que en las batallas les viuessen acaescido y no estar mirando lo que en ellas sus caualleros y vasallos hiziessen, de suerte que los mayores hechos y más peligrosos que sus súbditos podían acometer en las batallas era mirar por su persona porque eran tantos los acometimientos que hazía no dudando [= ‘temiendo’] brauos ni furiosos gigantes ni estremados caualleros, antes como quien [ed. cit., p. 1] toda la honrra del vniuerso pretendía, todos los peligros acometiendo que apenas sus caualleros de la furia de las escuadras librarlo podían adonde su coraçón no sentía más temor que si en los regozijos y passatiempos del palacio estuuiera metido. En las quales guerras y debates, grandes reynos y señoríos conquistó, siendo su nombre entre todos los paganos tan nombrado que de otra cosa alguna como más principal entre ellos se hablaua, antes a manera de espantoso rayo entre ellos su nombre era tenido, de suerte que solo su nombre les causaua tanta alteración como los súbitos y furiosos truenos, viendo que su vida no era más que la total destruyción de todos ellos...” [ed. cit., p.2], los incitaba: “Agora cumple, caballeros, executar la braueza de vuestros animosos coraçones, pues en la primera aventura la Fortuna os endereçó cosa por donde las glorías de los antepassados con sola vna batalla escureciédesed, avnque la muerte en ella como cosa natural os sobreuiniessse, y confiança tengo en Nuestro Redemptor que no querrá que tan esforçados caualleros, en tan breue sea el fin de su vida y gloriosa memoria” (cap. VII, p. 35)].

Ahora bien, como ocurre en la caracterización del emperador del que se muestran distintos rasgos a lo largo de numerosos capítulos, de igual modo la de otros personajes suele ser fragmentaria, y a veces, evolutiva que se va enriqueciendo con el correr de los folios. Don Belianís, el verdadero protagonista de la obra, también como en el caso del emperador su padre, se va constituyendo a lo largo de los sucesivos folios. Señalemos, ante todo, que algunas situaciones reiteradas en el género son de antigua procedencia (v.

al respecto, la muy útil síntesis de Juan Manuel Cacho Blecua en la introducción a su edición de *Amadís de Gaula*, desde la tradición bíblica y artúrica vinculadas a casos de la realidad, como el ocurrido en un hospital valenciano en 1397,<sup>2</sup> Cacho Blecua, 1987: 139). Ese tópico —el abandono del niño, como sucedió a Amadís o a Palmerín— ya no se incluye en *Belianís de Grecia*, y, en consecuencia, tampoco será necesaria la adopción. Sólo se mantiene el ocultamiento de la identidad, así el Emperador arma caballero a su propio hijo, sin saber que lo es.

La aventura inicial de Belianís es la del león y el oso, e importa especialmente por ser la primera que protagoniza y porque se desarrolla parcialmente en un ámbito típico del género: la cueva, de la que tanto hemos aprendido, cerca de década y media atrás, con el estudio de Cacho Blecua: “La cueva en los libros de caballerías: la experiencia de los límites”.<sup>3</sup> Sucedió que, llegados a un bosque Belianís y la familia imperial y empezada una caza, el león y el oso se acercaron a la emperatriz y como el príncipe procuró defenderla, quedó malherido; mientras el oso arrebató a Arsileo y huía. Al saber esto, el Emperador intentó encontrarlo y en su caballo “se metió por aquellas espesuras, con solo vn escudero” (p. 13). Lo importante es que siguiendo al oso y a su amigo Arsileo, Belianís llegó a la boca de una cueva, a la que sólo él tendrá acceso y en ese lugar tan especial, se registran estereotipos de la literatura caballeresca: un padrón con letras arábigas, las luchas que allí se desarrollan, un jayán con un gran cuchillo y, sobre todo, la oscuridad de la cueva que permite destacar la valentía de los príncipes que no se atemorizan ante ese lóbrego ambiente. Por otra parte, la cueva encierra un secreto que aparece muchas veces a modo de profecía, como en otras obras del género. El encantamiento termina cuando oso y jayán mueren porque el protagonista pudo sacar con facilidad una espada fuertemente incrustada, de la que sólo se veía una rica guarnición, así este antiguo tópico también se incluye en *Belianís de Grecia*. El transcurrir de los días aumentaba la angustia por la desaparición de Belianís; pero con el consabido suspenso genérico, el narrador se dedicó al emperador que con Brianel, fue en busca de su hijo, pero rápidamente el relato se interrumpe: “no estuvieron reposando quanto dos oras, quando oyeron tan grandes gritos que todo al valle hazían temblar” (p.14). Como es sabido, en los libros de caballerías, lo auditivo —gritos, llantos, suspiros entrecortados y pedidos de auxilio— suele ser la apertura de una aventura caballeresca. Además, en cuanto a la pausa “de dos oras”, detallar el paso del tiempo es una auténtica constante genérica, pareciera que el narrador tuviera especial cuidado en hacer conocer al lector los distintos momentos transcurridos, simultáneos, desde distintos personajes y situaciones, y sucesivos, quizá para convencerlo de la veracidad de todo lo que cuenta. Por otra parte, el cambio de esce-

<sup>2</sup>Cf. GARCÍ RODRÍGUEZ DE MONTALVO, *Amadís de Gaula*. Edición de Juan Manuel Cacho Blecua. Madrid, Cátedra, 1987. I, 134-140.

<sup>3</sup>Cf. JUAN MANUEL CACHO BLECUA, “La cueva en los libros de caballerías: la experiencia de los límites”, en AAVV, *Descensus ad inferos. La aventura de ultratumba de los héroes* (de Homero a Goethe). Edición de Pedro M. Piñero Ramírez. Sevilla Secretariado de Publicaciones de la Universidad de Sevilla, 1995, 1995, pp. 99-127.

nario, de algún modo, indica el correr de los días: así surge el castillo siempre *visto*, es decir, desde la mirada de los personajes a través de la del narrador: “[el emperador] *vio* cerca de sí vn alto y bien torreado castillo” (p.15); también Belianís y sus compañeros, al salir de la oscuridad de la cueva “*vieron* ante sí vn fermoso castillo, el qual antes no auían *visto* quando en la cueua entraron” (p. 25).<sup>4</sup> El tópico de la cueva vuelve a aparecer en capítulos siguientes, así como en numerosas obras. Agreguemos que las cuevas ofrecen diferencia de espacios, que, a veces tienen mucho de sobrenatural, como ocurre en el espacio encontrado por Rodríguez de Montalvo —capítulo XCIX de las *Sergas*— cuando él como “auctor” convertido en protagonista, cuenta en primera persona lo ocurrido durante un día de caza: “llegado el falcón con la presa al suelo, fueron ambos caídos en un pozo que allí se muestra de grande fondura y de inmemorial tiempo hecho”, v. ANEXO III.

[ANEXO III: “Descavalgué del cavallo —continúa diciendo Montalvo— poniéndome en la orilla del pozo por mirar si con algún artificio el falcón podría cobrar”. Pero, “sobrenenido con gran viento un turbón o remolino a aquella parte donde yo estava, levantando los pies del suelo, en aquella gran fondura me puso sin que ningún daño recibiesse. Cuando yo allí me vi, entre algunas culebras y otras cosas ponçoñosas, cierto fue puesto en gran tribulación”. Después “no sé en qué forma al un cabo de los cuatro de aquel pozo una gran boca se abrió, de tanta escuridad y, a mi parecer, de tal fondura que con mucha causa se pudiera juzgar por una de las infernales. Pero yo espantado de la ver, no passando mucho espacio de tiempo, pareció venir por ella una tan gran serpiente cual nunca los nacidos en ninguna sazón ver pudieron; la cual traía la garganta abierta, lançando por ella y por las narizes y ojos muy grandes llamas de fuego que toda la cueva alumbrava”]

Este espectáculo demuestra lo afirmado por Cacho Blecua, en cuanto a que “la caza propicia la aparición de la maravilla” (ob. cit. p.102). Y, además, el lugar tiene la importancia que él subraya al decir que “personajes, objetos, animales... aparecen aisladamente en diferentes episodios”, pero “en la cueva pueden acumularse de tal manera estas *maravillas* que podríamos considerar a dicho lugar como uno de los propicios para que se produzcan los límites de la aventura” (ob. cit. p.103). Incluso en el género caballeresco, afirma Cacho Blecua en el estudio mencionado, personajes hay que “viven transitoria y excepcionalmente en una cueva, indicio de su apartamiento del mundo de los humanos” (ob. cit., p.116). También establece diferencias, siempre en el mismo ámbito, entre las aventuras de acceso y las de descenso o laberínticas (ob. cit., pp. 123-124). Tiempo

<sup>4</sup>Sales Dasí en el artículo mencionado, p. 6, afirmaba que “la identidad de estos personajes [de la literatura caballeresca] queda definida por su relación con una realidad externa cuya excepcional esencia asumen sin cuestionarla apenas. Más aún, casi es imposible diferenciar a los personajes del marco irreal que les envuelve. Allí quedan enmarcados como un elemento más de una pintura idealista”. Según él, “el papel de la mirada es lógico: los personajes ostentan unos privilegios, digamos, hermosura, riqueza, heroísmo y poderío social, que exhiben ante los ojos de los demás. Cuando alguien mira y [...] admira el universo caballeresco, se suscitan en él una serie de reacciones, tales como el deslumbramiento, el espanto o la simple adoración, a partir de las cuales queda de relieve esa majestuosa presencia del protagonista. Utilizando los verbos ‘ver’ o ‘mirar’, el narrador describe la realidad a través de sus propias criaturas” (p. 6), y podríamos agregar nosotros a las palabras de Sales Dasí que: “Utilizando los verbos ver o mirar, el narrador describe la realidad a través de sus propias criaturas” “así como la de los edificios que habitan o visitan, castillos o palacios, dignos de la misma admiración”.

después, estas últimas fueron analizadas por Javier Roberto González en varios libros de caballerías; en particular interesa su estudio sobre este episodio en *Cirongilio de Tracia*, obra todavía no muy conocida.<sup>5</sup>

La bravura de Belianís es incomparable, un ejemplo es la lucha en que da muerte a sus enemigos, los primos Galfeo y Galanio, con ayuda del duque Alfrirón. Se advierte un estilo cuidadoso en que las repeticiones son funcionales para enfatizar la descripción.<sup>6</sup>

En cuanto a los aspectos negativos del héroe, el narrador no rehúsa presentar sus errores, por los cuales y en ambiente de desmesura, el protagonista llega a la furia con el posterior sentimiento de culpa y el remordimiento siguiente, situaciones que, a veces, conllevan el deseo de venganza, v. **ANEXO IV**.

[**ANEXO IV**. Ocurrió que en un momento dado, don Belianís “con la sobrada saña que tenía, arremetió contra el cauallero que para él venía. El cauallero le encontró por medio del escudo, de suerte que sin hazer en él mella, hizo su lança pieças, sin lo mouer de la silla”, “Don Belianís, con la gana que de le encontrar lleuaua, erró el encuentro e los caualleros passaron adelante con gran furia y —continúa diciendo el narrador— no se escribe el enojo que don Belianís tomó de auer herrado su encuentro e muy desesperado boluió sobre el cauallero que para él se venía y pareciéndole poquedad, si auiendo perdido la lança, con espada a tan follón cauallero venciesse, arremetió para él” y “como la yra le señoreasse, se llegó a vn cantón (= esquina) de la puente e sin que el cauallero fuesse parte para se valer, dio con él de ella abaxo dentro en el río, en el qual luego con el peso de las armas fue ahogado”. Cuando después, se le aproxima un enemigo y alguien le ofrece una lanza, le nace cierto remordimiento, al decir: “-No la he menester, pues tan mal supe emplear la que traía”, y el narrador añade que sigue la lucha “muy corrido por lo que le acaesciera”. Por último, la situación culmina en un verdadero desastre ya que nada queda sano, se rompen escudos y yelmos, los caballos terminan sin gobierno y se detalla que, pues a Belianís, “el yelmo se le cayera de la cabeça, todo se le hizo partes”. Sin embargo, el príncipe es fiel a sus principios y ni siquiera acepta la lanza que le ofrece el califa, pues “humillándosele mucho, le dixo: —Es, señor, costumbre de mi tierra que el cauallero que en justa delante de rey pierde encuentro por su falta, no puede hasta acabar la batalla tomar otra”. Pero, Belianís ha entendido que la situación lamentable es consecuencia de su cólera desmedida (cap. XII, pp. 71-

<sup>5</sup> JAVIER R. GONZÁLEZ, “Pertinencia formal y funcional de la aventura maravillosa en los libros de caballerías”, en *Nuevos estudios sobre literatura caballeresca*, dirigidos por Lilia E. Ferrario de Orduna. Kassel, Edition Reichenberger, 2006, 111-164.

<sup>6</sup> Así refleja Fernández el ímpetu de sus personajes: “ellos començaron a hazer ellos tal destruyçion que como traxessen las espadas, como en braua batalla gran destruyçion en ellos hazian, tanto que más de cien caualleros tenían a sus pies dellos muertos y dellos malheridos”, p. 94. Belianís mata a Galfeo; después, pese a estar muy herido, “cabalgó en su caballo como solía, sin poner pie en el estribo e viendo venir para sí dos gigantes [...] los esperó y recibiendo en su escudo el golpe de vno dellos, que fue tal que todo se lo hizo pedaços, hirió al otro de tal golpe que acertándole en los dedos de las manos todos juntamente con la maça vinieron al suelo, mas el otro le tornó a segundar otro golpe que le hizo abraçar a las ceruices del cauallo. No se vio bíuora más emponçoñada ni león más brauo que a esta ora boluió don Belianís y alçándose sobre los estribos tomó su espada con ambas manos y con ella le dio tal golpe que alcançándole en vn hombro metió tanto por él la espada que le llegó hasta lo hueco, dexando todo abierto por aquel lado, dio con él muerto en el suelo” (cap. XVII, p. 98); más tarde, el duque Alfrirón que vio a don Galanio a pie, viendo su hecho a tiempo de se acabar, le dio con los pechos del cauallo tal encuentro, que dio con él de espaldas en el suelo [...] passó dos o tres vezes el cauallo por encima del príncipe don Galanio, de suerte que luego le hizo salir el ánima de las carnes”, *ibidem*.

72). Y surge el deseo de venganza que sólo se interrumpe cuando la autoridad del califa, por ejemplo, se lo ruega y Belianís acepta el pedido: “Señor cauallero, hazéme gracia de essos caualleros pues ya no se pueden deffender, que bien deue de bastar lo hecho, por lo qual en perpetua fama vuestro nombre será tenido, pues auéys acabado el más alto hecho de armas que hasta oy se aya oýdo.”]

También se muestra su temperamento, que le hace luchar siempre contra todo obstáculo, así se le reprocha: “Quanto más la persona, señor cauallero, piensa de apartaros de batallas, tanto más vos las buscáys. —No se puede hazer menos —dixo don Belianís” (cap. XII, p. 70). Sobresale su capacidad organizativa unida a su valentía que se intensifica y es comentada por quienes no conocen su identidad; así sus enemigos afirman: “en la batalla que con el emperador vuimos, fue en su ayuda vn cauallero nouel, el qual él armó allí cauallero [que] hizo tales cosas en armas, quales nunca Héctor ni Archiles hazer pudieron porque podéys creer que no hazía más caso ser acometido de cuatro gigantes ni de diez que si vn solo cauallero fuera acometido” (cap. XI, p. 67). En ocasiones, la caracterización surge de diversos testimonios, es así cómo la fama de un personaje está a cargo de los comentarios de quienes fueron testigos de sus hazañas, que muchas veces, por cierto, han sido protagonizadas por Belianís. Precisamente, es el caso de una de las primeras circunstancias en que se lo alude a propósito de la batalla que mantuvieron el emperador Belanio y su hijo, aunque ignorantes ambos de la verdadera identidad del adversario, según señala Brianel, v. ANEXO V.

[ANEXO V. “—¡Válasme Dios!, ¿y es posible, señora, lo que me contáys que el príncipe don Belianís hizo tan alto principio de cauallero? —No lo tengáys a mucho —dixo la sabia— que vos hago saber que no sólo al emperador su padre, mas a quantos caualleros oy bien haze ventaja, sin duda alguna, el príncipe don Belianís. —Yo lo tengo por cierto —dixo don Brianel— y más que me digáys, creo yo del príncipe don Belianís, pues quien tales cosas como yo vi hizo en la primera batalla, no es mucho que a todos sobrepuje” (cap. X, p. 55). O cuando en el caso que sigue, la admiración proviene del duque, a quien se le pregunta: “¿Qué vos parece, señor, del Cauallero de las Armas Amarillas? [apodo de Belianís] —No sé qué diga —dixo el duque—, pienso que nunca por hombres fueron vistas semejantes hazañas que éstas” (cap. XII, p. 73). También las doncellas de Florisbella quien “estauan atónitas viendo el estrago que tan presto en los caualleros hiziera estando desarmado y con mucho plazer le dixeron: —No dexaremos, señor cauallero, de contar esto con lo demás aunque por mentirosas seamos tenidas, pues sabemos que no nos a de ser creýdo pues nosotras lo vemos y apenas lo creemos” (cap. XVIII, p. 104). Y agregan que no querían describir las proezas del caballero por temor a no ser creídas, pero los caballeros insisten: “Decídnoslo, que si supiéssedes lo que nosotros deste cauallero auemos visto, no tendríades a nada lo que esta noche le aurá acaescido. —No le puede a él auer acaescido cosa como ésta —dixeron las donzellas”, y contaron cómo Belianís dio muerte al pavoroso dragón, ya desarmado después mató a otros caballeros, que merece el admirado comentario del duque: “quien las marauillas del Cauallero de la Rica Figura oyere, difficultosas se le harán de creer. Cierto, pienso que nunca cauallero en tan poco tiempo hizo lo que éste”, vencer a los

caualleros de la Puente Desdichada —una de las tantas aventuras de las que resultó vencedor—, luego malherido entró en el torneo, donde todos pudieron ver sus grandes hazañas “que hizo desconocido, con vnas armas de poco valor”, “y después saliendo del torneo tan malherido hazer lo que agora estas donzellas nos cuentan. ¡Quién será aquel que en los venideros tiempos estas cosas podrá creer!” (cap. xviii, p. 107). Las hazañas prosiguen y su difusión se multiplica, sobre todo que “por sus manos mató al dragón de la Selva Rifea”, que destruía toda la comarca del soldán. Así, el rey de Armenia queda convencido de la identidad del “Caballero de las Armas Verdes”, que es el también conocido como “Caballero de la Rica Figura”, es decir, Belianís en sus distintas apariencias (cap. XX, p. 112)].

Además de los personajes de la realeza, parientes y amigos, los nombrados Arsileo y Brianel verdaderos ayudantes del príncipe Belianís y de su padre, el Emperador, surgirá más tarde don Contumeliano, príncipe de Fenicia, protagonista de un episodio, por diversas causas significativo, en el que poco después nos detendremos. Algunos personajes femeninos se constituyen en principales, como las princesas Florisbella, amada de Belianís, e Imperia, apasionadamente enamorada de éste; además de multitud de personajes secundarios; auténticos estereotipos genéricos, según se los ha considerado: de enlace, mensajeros, relatores, testigos, recapituladores que ofrecen resúmenes sintéticos de lo acontecido sin necesitar la intervención del narrador y que no tienen importancia *per se*, sino en cuanto a la función que desempeñan que, en ocasiones, puede ser muy breve. Además, quienes conforman, como se destacó en el *Amadís de Gaula* y que, por cierto, se advierte en todos —o casi todos los auténticos representantes del género— “la masa anónima, miles de soldados y guerreros que participan en las grandiosas batallas colectivas”, cuyo “anonimato les confina a constituir una realidad meramente numérica y su participación en la acción es un simple aditamento a la magnitud del hecho que se realiza”<sup>7</sup> (Eloy González, 1991: 826). Otros personajes secundarios tampoco valen por sí, son meros disparadores de la acción, por ejemplo, la duquesa de Frisel que confiesa sus desdichas al príncipe Periano de Persia, gran enemigo del príncipe de Grecia, logra su ayuda y, precisamente, Periano será quien la apoye en sus demandas, nada menos que con reproches y en plena actitud de desafío hacia el emperador Belanio. Este riesgoso comportamiento tendrá una doble consecuencia narrativa, por una parte, la descripción de una crudelísima y prolongada batalla ante el emperador y por otra, más importante aún, el hecho de ser el contendiente de Periano, Lucidaner, el tercer hijo de Belanio, que tiene ocasión de mostrar a su padre cómo ha heredado su valentía.

Pero, algo que se debe señalar es que, desde el primer folio, surge también quien será causante de mil desasosiegos para el protagonista y sus amigos: es “el sabio Fristón”, mago que, encarna las fuerzas del mal, corresponde al antagonista Arcaláus de *Amadís de Gaula*, así como Urganda, el auxiliar mágico de la obra fundacional, tendrá su sucesora en la maga Belonia, el símbolo del Bien, protectora de Belianís y de la casa imperial.

<sup>7</sup> Cf. ELOY R. GONZÁLEZ, “Tipología literaria de los personajes en el *Amadís de Gaula*”, en *NRFH*, XXXIX, 2, 1991, pp. 825-864.

Además, Fristón es *el autor de la "historia"*, aunque no siempre se la mencione como fuente. Por muchos es conocido este recurso ya que como en todo libro de caballerías, Jerónimo Fernández también considera que la historia y el cuento son fuentes indistintas de su relato, "dize la hystoria" I, p.192; "dize el cuento" I, p.194; "Quiere la hystoria que sepáys" II, p. 8. Un rasgo de Belianís que su creador destaca es cómo libera a sus adversarios y queda subrayada su religiosidad y gratitud: "se hincó de rodillas, dando gracias a Dios que de tan gran peligro le librara" (cap. XIII, p.75). En otro momento, cuando es cuidado muy especialmente por las doncellas de la princesa Florisbella, se afirma: "lo qual después de la misericordia diuina fue causa de su salud y ser" (cap. XX, pp.115-116). Una circunstancia de la Segunda Parte de la obra, permite al narrador subrayar la sagaz rapidez con que Belianís, rumbo a Tartaria, fue capaz de asumir una situación: en momentos en que una gran tormenta hizo zozobrar la embarcación en la que iba, y refugiado en una roca, otra le prestó ayuda, entendió que su libertad podía peligrar.<sup>8</sup>

La caracterización de Belianís no quedaría terminada al no mencionar la excepcional belleza que configura su retrato, así cuando le desenslazan el yelmo, "el qual quitado, él quedó [Belianís] el más hermoso y bien dispuesto cauallero que en el mundo se pudiera hallar, sus cabellos que más rubios heran que oro le cayeron sobre las espaldas. Todos quedaron tan espantados de su apostura que juntamente con auer visto su grande esfuerço y valentía, pensaron quel dios Marte o algún hijo suyo fuesse porque les parecía que fuesse impossible que hombre mortal tales dos extremos alcançasse, porque quiere la hystoria que sepáys que en esto a todo el mundo hazía notable ventaja ca él hera alto de cuerpo más que cauallero de su tiempo vna mano, muy bien hecho, las espaldas tenía anchas de suerte que mostraua auer en él muy gran fuerça, su rostro en blancura al muy espejado mármol hazía ventaja, adornado en medio de sus mexillas de vna color tan biua que sangre parecía dellas manarle, juntamente con tan lindos ojos que gran contentamiento daua a quienquiera que le mirasse, no pudiera nadie tener dél tanto enojo que viendo su hermoso rostro no le perdiesse. Tenía en él vna manera de grauedad que a todos inclinaua a tenerle mucho acatamiento, si se enojaua no auía rostro más pauoroso de mirar, dado que siempre se refrenaua de tal suerte, con su mucho esfuerço, nunca parecía estar enojado. Hera tan amigo de la justicia que si algún yerro hizieran no auían

<sup>8</sup>"la mar se començó a inchar con la braua y furiosa tempestad que ya venía, las estrellas parecían menearse, la mar se cubrió de vna espantosa niebla, las amenazadoras de la cruel muerte y temerosas ondas hieruen mostrando el furor cruel de su desapiadado enojo y sobreuieniendo vn grande y espantoso torbellino de agua da en las amarras y arrebátalas, rompiendo las caminadoras velas con todo lo que a ellas estaua asido. El vientre de la nao dio vn gran estampido pareciéndole todas las tablas auerse hecho pedaços, de todas partes es la triste nao combatida de los furiosos y helados vientos golpeada con la furia de su poder" (*BdG*, L. II. fol. cxxxiiij ra, cap. XV, pp. 110-111). "Viendo continuamente la muerte ante sus ojos, mas procurando sustentar aquel pequeño espacio de vida que le quedaua, procuraua que la mar no le lleuasse y así tentando por ver si en la roca auía algún lugar donde más seguro estar pudiesse, halló vna quebrada en la qual se metió estando seguro de las olas que en ella batían, aunque muy triste y desconsolado, pareciéndole que por más que se sostuuiesse al fin auía de ser manjar de los peces pues no auía forma cómo de allí salir pudiesse" (L. II. fol. cxxxiiij va, cap. XV, p. 113). Cuando una nao le presta ayuda, como Belianís comprendió que debía ser de corsarios, al preguntarle "si era cauallero. —No, señores —respondió el príncipe—, mas he acompañado vn cauallero hasta agora por escudero que assimismo se perdió en la mar. Por ende, si algunos de vosotros me quiere tomar por su escudero bien holgaría de lo seruir, que en extremo me a parecido bien vuestra compañía." (*ibidem*, p. 115).

menester quien se lo castigasse. Hera el hombre de mayores fuerças que en sus tiempos se halló, hablaua muy poco, tanto que jamás hablaua que dello no tuuiesse especial necesidad”. El califa se manifiesta sumamente satisfecho por haber visto “tanta hermosura y esfuerço en vn cauallero” Edición citada BNM, (fol.xx [rb]-fol.xx [va], cap. XIII y ed. Kassel, Reichenberger (I, pp. 78-79). Sales Dasí cita a Serrano Poncela: “Hiperbólicamente idealizada, en la belleza de estos personajes apenas hacen mella los golpes o cicatrices recibidas en sus continuas aventuras ni los achaques del paso del tiempo, pues los caballeros siempre se mantienen en el vigor de sus fuerzas, en un presente continuo” (S. Serrano Poncela, 1960, *apud* Sales Dasí, *op. cit.*, 1999).<sup>9</sup>

Quizá como elemento perturbador en medio de tanta perfección, habría que mencionar, aunque sólo como rápida pincelada, la presencia de los enormes gigantes que son, como bien se sabe, frecuentes en la literatura caballeresca y que aparecen también en *Belianís de Grecia*, son evidentes antagonistas de las fuerzas del Bien y se incluyen desde los primeros folios: “aquellos imagen que usa el narrador, quien afirma que eran “los más terribles y desemejados que natura humana criara”. Varios intervienen en la obra, el Dudado Fierastón y Astrobaldo, pauroso jayán. Cuando Belianís sabe que la casa de Grecia es amenazada de muerte por el gigante Mundanar el Brauo, comenta el narrador que “él sabía bien el cuydado que el emperador su padre tenía de que semejantes soberuios no vuisse en su tierra y bien conoció al gigante por el nombre como aquel que criándose en casa de su padre estrañezas de armas suyas oyera dezir, que siendo señor de vna ysla que allí junto estaua, auía hecho tanto que por el más temido de todos los que hasta entonces se sabían era tenido” (II, 200).

En el género caballeresco, las batallas son elemento imprescindible, entre las que, en *Belianís de Grecia* se destacan por su importancia similar, aquella primera, la del oso, y la que mantuvo el príncipe de Grecia con Periano, príncipe de Persia. La primera, por ser la inicial, y ésta porque se trata de la lucha no sólo de dos enemigos, sino rivales por el amor de Florisbella. No suspenden el combate durante la noche hasta que a la mañana, todo se intensifica por la llegada de cuatro caballeros, Coroliano, el fuerte Boraldo, Crisaliano y Girismalde de Tracia que apoyan a Periano, quien “enojado de lo que los caualleros auían hecho, queriendo más perder la vida que hazer cosa que no deuisse, los increpa: —¡Tenéos afuera, caualleros de poca lealtad, que más se pierde en vencer a este cauallero con tal ventaja que en ser vencido por sus manos a guisa de buenos y leales caualleros!” (p. 212).

Sin duda, la más notable de las batallas es la que se incluye en la Parte Segunda, sostenida entre griegos y troyanos, y que sobresale en todos los aspectos: por su duración, por el casi infinito número de participantes en esa lucha, por las pormenorizadas descripciones de los “cruels, furiosos y extraños golpes” en medio de “la sangrienta batalla”,

<sup>9</sup>S. SERRANO PONCELA, “El mito, la caballería andante y las novelas populares”, en *Papeles de Son Armadans*, 53 (1960), p. 132, *apud* Sales Dasí, *ob. cit.*, p. 7, n. 10.

con la utilización de permanente hipérbole. Fundamentalmente, su importancia reside en que durante esta lucha, allí sucumben prestigiosos personajes griegos y troyanos, entre los cuales, se destaca la muerte de Aquiles en manos de Troilo, príncipe troyano, hermano de Policena, y con respecto a los troyanos, su principal pérdida es la de Héctor, a quien mata Belianís.

Terminados los primeros 32 folios, el autor de *Belianís de Grecia* crea un nuevo personaje: don Contumeliano, príncipe de Fenicia, nombre que ya anticipáramos y que muy posiblemente, resultara significativo para los lectores del siglo XVI, pues remite a *contumelia* cuyas acepciones corresponden, precisamente, a sus sufrimientos: “afrenta, ofensa, ultraje”, también “daño”.<sup>10</sup> Don Contumeliano irrumpe en la vida de Belianís cuando éste había dado muerte a parientes del soldán de Persia, por lo que el príncipe de Grecia fue obligado a permanecer en una torre con cantidad de guardas para evitar su fuga y doncellas, para curar sus heridas. El caballero quería intervenir en una batalla y la única posibilidad de hacerlo era usar la vestimenta de una de las doncellas, quien le dice: “saliendo vestido de nuestras ropas, yo me quedaré en la cama, fingiendo que soys vos” (p.128). Belianís “se vistió de los ataúfos de Floriana con los cuales quedó en tal disposición que las donzellas quedaron suspensas de su hermosura” (p. 128). Es importante destacar qué impresión causa la belleza deslumbrante de Belianís, como ocurrirá con la de la princesa Florisbella, que será su única amada, de la que dice ‘la hermosa Florinea’ (pues su doncella debía también ser hermosa): “porque penséys que ay otra hermosura tal como la vuestra”, le muestra la de Florisbella, ‘sacada por su mano’, en un dibujo sobre pergamino, idéntico a la imagen que Belianís llevaba pintada en su escudo, por eso, su apodo ‘Caballero de la Rica Figura’. Y al ver esa imagen, Belianís “súbitamente, sin que fuesse parte para lo resistir, fue entre sí herido de tan cruel fuego de amor que todos los días de su vida le duró” (p. 129). Mediante el disfraz, partió sin ser reconocido y en una arboleda encontró a un caballero que también se colmó de asombro y muy deslumbrado ante la belleza de Belianís: “quedó tan espantado viendo su hermosura, que no sabía de sí parte y con la boz alterada que la turbación del súbito fuego de amor le causara”. Pero, hay que advertir la actitud del causante de tal confusión: “El príncipe don Belianís, que escuchándolo estaua, entre sí mucho se reýa, viendo el engaño del cauallero, aunque sus palabras heran poner yesca al fuego, que de parte de su señora le abrasaua” (p. 132). Por último, se muestra la finalidad de la estratagema que ha urdido el príncipe de Grecia: “que sabed —dice a Contumeliano— que yo dexé aquí cerca vn cauallero con la mayor necesidad del mundo de vnas armas y cauallo para hazer vna batalla”, “os querria rogar que de las vuestras me hiziéssedes merced” (p. 134); accede Contumeliano y

<sup>10</sup>No es caso excepcional que el nombre del personaje anticipe sus angustias y las de su entorno familiar; en *Primaleón*, por ejemplo, recordemos a alguien fundamental para el protagonista: después de muertes sucesivas, nació una niña, y el día que la bautizaron, le pusieron nombre Gridonia porque en aquella tierra dizen por el llorar gridar y porque nació en tiempo de tanta tristeza, pusieronle el nombre Gridonia” (cap. LXIII, p. 297), quien llegaría a ser la amada de Primaleón. Y, en efecto, no sólo “en aquella tierra dizen por el llorar gridar”, todavía la última edición del *DRAE* incluye el vocablo “del latín *quiritare*”, con la misma acepción.

las presta con la promesa de Belianís de devolverlas en ese lugar. Y en esta ocasión, el autor incluye una cueva no mágica, de aquellas que se utilizan para abrigo o como escondite, una de las cuales usa Belianís: L.I. pp.136-137: “[don Belianís] por la arboleda adelante anduuo tanto que llegó a vna cueua, donde en tiempo de inuierno los pastores se solian acoger y viendo tan buen aparejo para lo que quería hazer, se apeó más ligeramente [...] y se començó a armar [...], escondió muy bien sus ropas dentro en la cueua y cortando algunos ramos los puso también dentro, por si alguno llegasse no conosciesse lo que allí estaua”. Se produce la batalla, en la que Belianís deseaba participar y horas después, ambos personajes, p.153: “se metieron por entre aquellos árboles [...] hasta que don Belianís topó con la cueua donde la noche antes sus vestidos dexara”. Pese a no ser una cueva mágica, también está rodeada de misterio, pues en ella, un personaje se transforma y cambia de identidad. Al sacar las ropas que había ocultado, Belianís pregunta a Contumeliano si reconoce esos vestidos, y dice el narrador que de inmediato “fueron por él conocidos como aquel que todas las cosas con que a su señora viera, traýa esculpidas al natural en su memoria”, pero Contumeliano no comprende y afirma a Belianís que “quanto más veo, tanto me hallo más confuso”. Fernández ha trabajado bien el proceso de reconocimiento de la verdad en sus momentos sucesivos, la confusión inicial, la incredulidad siguiente, la imposibilidad de comprender, no admitir que ese caballero pudiera mentir, hasta que Belianís pide al caballero que le saque el yelmo y sólo así Contumeliano empieza a entender, y entre lamentos y desfallecimientos parece al borde de la muerte y “con vn tan desasossegado suspiro que el alma se le parecía arrancar”, comenzó un tristísimo planto: “¡Ay sin ventura de tí, don Contumeliano, desventurado fue el día que a Persépolis determinaste venir, pues tan grandes desastres rebueltos en tan encubierta yerua te esperauan!”, se refiere a los vestidos femeninos que Belianís había ocultado en el suelo y clama: “¡O engaño para mí desengaño, pues Amor me a querido, tan a la clara, mostrar quen poca parte para resistir su poder tengo, pues en hábito tan disfrazado tal engaño pudo caber! ¡Ay de mí... Ay señor cauallero, el mejor que hasta agora armas traxo, cómo de presente no estimo tanto vuestras vitorias pues corazón para me hazer tanto engaño tuuistes! ¡No puedo saber qué es lo que a ello os mouió, saluo mi desastre, tan sin fortuna pues si necessidad de mis armas y cauallo teníades, qué hera menester mas de pedir las aquel que jamás supo negar cosa alguna, para ser traýdo al estado presente!” (pp. 154-155). Fue tal la desilusión y el dolor sufridos por don Contumeliano, que no pudo reaccionar y cuenta el narrador que pasado un gran rato “ya teniéndole por muerto y don Belianís que del pesar, juntamente con auer perdido tanta sangre y estar tan malherido, casi en el mismo punto estaua”, aparecen, entre los árboles, primero, “una vestia, la más fiera que jamás en el mundo cosa semejante fue vista” y después, caballeros con “quatro feroces leones”, que crean las interrupciones necesarias para aumentar el suspenso e iniciar otras aventuras (p.154 ss). Luego, un fuego mágico curaría a don Contumeliano, quien dirá, ya curado, que: “después que aquellas brasas sentí poner sobre mí se me perdió toda la agonía que auía tomado, avnque no de ma-

nera que jamás se me olvide de la burla que cerca de la ciudad de Persépolis recibí”, y el narrador confirmará que “siempre que al Cauallero de la Rica Figura veía, recebía vna alteración como asombrado que qualquiera cosa se le representaba ser aquello que su temor le causó”. Y cuando Belianís debía volver a prisión y “se vistió las ropas de Floriana [...], no dexó de dar otra buelta al corazón de don Contumeliano” (pp.157-158). El lector de los folios XXXII a XXXX, de la Primera Parte de *Belianís de Grecia*, aquellos que registran las situaciones que he descrito, tiene ocasión de suponer, aunque con cierta confusión similar a la de Contumeliano, que el héroe se ha degradado (ed. cit. pp. 129-154, especialmente). Sin embargo, debemos aceptar la afirmación del narrador con respecto a que una larga amistad unió a ambos caballeros y, en verdad, varias veces en distintos encuentros caballerescos, se ayudaron mutuamente. Lo que resulta evidente es que Contumeliano no es un personaje más, contribuirá a mover los hilos de la acción, sí, pero con él, además, el lector entenderá, quizá asombrado, que la dicotomía ‘bien / mal’; ‘virtudes / vicios’, ha quedado atrás o ha cambiado o, al menos, ha adquirido otros matices, ¿caso de desilusión, desgano? Pareciera que en este libro de caballerías, su autor Jerónimo Fernández hubiese elegido, nada menos que al protagonista para encarnar aquella norma o idea de Maquiavelo difundida desde *El Príncipe*, (no muchos años antes de la publicación de *Belianís de Grecia*) en cuanto a que “el fin justifica los medios”.<sup>11</sup> Ciertamente es que, por una parte, manuscritos medievales, renacentistas e impresos siguientes, habían ofrecido a lo largo de los siglos, casos de falsedades y argucias (las arcas de arena y el engaño a Raquel e Vidas en el *Cantar de mio Cid* constituye uno de los ejemplos más conocidos), así como también proyectos reemplazados por planes codiciosos.<sup>12</sup>

Tretas y simulaciones, pues, son innumerables en la literatura de todos los tiempos y, por otra parte, el recurso del disfraz a que acude Belianís no era novedoso y, por cierto, no aparece sólo en el género caballeresco. Así, María Carmen Marín Pina, al estudiar el motivo de “la doncella guerrera en los libros de caballerías españoles”, años atrás, sin incluir el ejemplo de Belianís, destacaba que en general, este recurso del disfraz salvaba

<sup>11</sup> Maquiavelo nació en 1469 y murió en 1527, *El Príncipe* fue conocido alrededor de 1513-1514, y publicado póstumamente, en italiano, 1532 y en latín, 1560.

<sup>12</sup> En *Primaleón*, por citar una obra de la primera década del XVI (primera edición de 1512; segunda de 1524) hay diversos casos, así en el cap. III, p. 64, uno de los personajes perteneciente a la familia del emperador Palmerín, llamado Belcar, después de ser armado caballero por éste, partió para participar de una aventura extraordinaria que tenía como meta especial, alcanzar por mujer a Francelina, doncella muy hermosa y rica, a la que nadie había visto, pero de la cual “en aquel tiempo en otra cosa no se hablaba más que en los muchos caualleros que yuan allí” (cap. I, 56), es decir a participar de esa aventura, pero poco después, Belcar vio dos veces a una joven, de la que se destaca su belleza y su aparente riqueza. y cambió entonces, de planes: “pareciole muy más hermosa que quando la vido” -en otra ocasión- “y pensó que, si él no acabaua la aventura de Francelina, de casarse con ella e hazer tales cosas porque ella lo amasse” (cap. III, p. 64). Otro personaje de condiciones negativas más acentuadas es el hijo del soldán de Persia, del que explica el narrador: “sabed que Lecefin no era cauallero en que ouiesse lealtad ni mesura fasta que amó muy afincadamente a vna fija del emperador Trineo e por amor della mudó toda su mala condición” (cap. LII, p. 257). El lector puede quedar desconcertado ante esta actitud indulgente del narrador porque a Lecefin no sólo le faltaba lealtad sino que tenía demasiada maldad. El cap. CL, p. 713, incluye un caso distinto, pero también de engaño, pues muestra el propósito de Belagriz de seducir a la joven Paudricia, quien está muy enamorada de Don Duardos, es así cómo la engaña bajo el ocultamiento del manto ajeno que le permitió mantener oculta su verdadera identidad y, por si esa prueba no bastara, llevó consigo el testimonio de la espada de Don Duardos, como si fuera propia. No obstante, Paudricia nunca sabrá la verdad por el noble silencio y la compasión de Don Duardos.

de situaciones difíciles, tal ocurría en *Lisuarte de Grecia*, en *Amadís de Grecia*, como en *Cirongilio de Tracia*, entre otros.

En consecuencia, casi a mediados del siglo XVI —1547 es la fecha de publicación de *Belianís de Grecia*— ni el engaño ni variadas simulaciones podían causar extrañeza. Pero, Belianís no sólo faltó a la verdad con intención utilitaria, sino que, de algún modo, olvidó o dejó de lado las virtudes esenciales de un caballero ya que no tuvo en cuenta la generosa lealtad de don Contumeliano, su anhelo de servir al príncipe de Grecia, su admiración sin límites, su conmovedora disponibilidad... Belianís restó importancia al magnánimo comportamiento del príncipe de Fenicia, pero además lo rebajó con sus burlas y risa que el texto realiza: “entre sí mucho se reía, viendo el engaño del caballero”.

Recordemos, además, que en tiempos próximos a aquellos en que Maquiavelo enunciaba su norma, se produjo la batalla de Pavía en 1525 entre las fuerzas imperiales y las del rey de Francia que fueron vencidas.<sup>13</sup> (Aguado Bleye, 1959: 440).

La prisión del rey de Francia terminó con el llamado Tratado de Madrid, y después de sus promesas, “pasó a tierra francesa que volvió a pisar justamente al año de haber caído prisionero en Pavía, gracias a la generosidad del rey español”. Pero, el rey francés no cumplió lo prometido y manifestó “que no se creía obligado a cumplir un tratado que había hecho sin libertad para contratar ni obligarse” (Aguado, 442). Reflexiona Fernández Álvarez que para el emperador “dar la palabra era algo sagrado que había que

<sup>13</sup> Como es sabido, Francisco I fue hecho prisionero y entregó su espada, después de lo cual escribió, al parecer, una carta a su madre Luisa de Saboya que terminaba con aquel párrafo que se le atribuye: “todo se ha perdido, menos el honor y la vida, que se han salvado” (cf. Pedro Aguado Bleye, *Manual de Historia de España*. I, II, III, 8ª. Edición. Madrid, Espasa-Calpe, 1959). La batalla de Pavía había comenzado el 24 de febrero de 1525 (Aguado: 439), cumpleaños del Emperador, según evocaban quienes por cartas le dieron la noticia del triunfo. Así, Lope de Soria comentaba a Carlos V: “a Él —a Dios— damos muchas loores y gracias de la natividad de Vuestra Majestad, que fue en el día de Sancto Matías y en su mismo día ha sido esta tan noble victoria” (Fernández Álvarez, p. 313). La noticia llegó a Carlos el 10 de marzo de ese mismo año, quien la recibió con calma. Sin embargo, con fecha 2 de abril de 1525, Fernando de Austria aconsejaba a su real hermano, para lo cual desde Innsbruck escribía a su embajador en la corte imperial, Martín Salinas, pidiéndole que dijera a Su Majestad que no perdiera oportunidad contra el enemigo porque éste “ni dos horas [habrían pasado y ya olvidaría] la afrenta que ha recibido y procurará de recobrarla” (Fernández Álvarez, p. 315): Fernando desconfiaba del rey francés, quien fue llevado prisionero a España donde, finalmente fue alojado en Madrid, sea en el Alcázar o en la casa-torre de los Lujanes, según distintos historiadores, donde permaneció hasta 1526. En prisión, enferma y recibe la visita del emperador, según Fernández Álvarez, el rey francés “intentaría la fuga, con una trama sencilla: sobornar a un esclavo negro que entraba en su cámara por las tardes llevándole leña para la chimenea, el esclavo ocuparía su puesto en el lecho del enfermo y el rey, tiznada la cara, buscaría la libertad” (p. 320). Un recurso usado, en múltiples circunstancias, reales y ficticias, pero en este caso hubiera sido real, si una delación no hubiera impedido su realización y la fuga, finalmente fracasó. Tal argucia ‘real’ pudo recordar a los lectores de *BdG* el modo en que el protagonista dejó su lecho donde quedó una de las doncellas que lo cuidaban. “Tras largas y difíciles negociaciones llegó la paz entre España y Francia. Por el llamado Tratado de Madrid, de enero de 1526, el emperador dejaba en libertad al rey de Francia y le daba por esposa a su hermana mayor Doña Leonor, viuda del rey Manuel de Portugal. El rey de Francia se comprometía a entregar a Carlos el Estado de Borgoña”, junto a otras obligaciones, como renunciar a todo derecho sobre el reino de Nápoles y el ducado de Milán. También el emperador abandonó todo derecho sobre tierras francesas. “Y antes de separarse los dos soberanos, en Illescas, el 20 de febrero de 1526, volvió Francisco I a prometer a Carlos V que cumpliría todo lo pactado”. Sin embargo, apunta Fernández Álvarez que: “Francisco I se había guardado las espaldas con una protesta material hecha en secreto, solo ante algunos de sus servidores franceses que le acompañaban, dando por nulo aquel Tratado que se había visto obligado a firmar en prisión” (p. 321). Pero, para tener validez, ese tratado “necesitaba la confirmación de los Estados generales de Francia, del Parlamento de París, confirmación que el rey francés se comprometió a obtener en el plazo de cuatro meses” (Aguado, II, p. 441). Entraron a España sus dos hijos mayores como rehenes y “si el rey de Francia no podía entregar la confirmación del tratado ni entregar la Borgoña en los plazos convenidos, prometía solemnemente volver a constituirse prisionero del Emperador” (*ibidem*).

mantener y le resultaba inconcebible que un rey pudiese quebrantarla”, p. 350. Señalemos también que las luchas entre Carlos y Francisco I continuaron hasta que en 1547 éste muere y, coincidencia imprevisible, el rey francés murió exactamente durante los meses en que se publicaba *Belianís de Grecia*, año en que habría de nacer Cervantes. Desde luego, se podrá argumentar que felonías y engaños hubo siempre en la realidad, con monarcas que quebrantaron su palabra y, también, por qué no, en la ficción caballeresca, que muchas veces ofreció ecos de esas auténticas experiencias, que hemos conocido, pero llama la atención que se muestre ese aspecto negativo del personaje principal de un libro de caballerías.

Mucho se ha estudiado sobre la ‘caballería’, acerca de dicha institución, en general, y de la caballería en Castilla, en particular, por lo cual, la bibliografía es cuantiosa, como bien se sabe. Hoy nos detendremos sólo en un par de algunos de estos trabajos que llevan títulos significativos: el estudio de Nieves Baranda llamado, “El desencanto de la caballería”, que fue su intervención en un congreso de la AHLM de 1989,<sup>14</sup> y el de Nelly Raquel Porro, “¿Decadencia o cambio en la caballería? Un pacto esclarecedor en la Castilla bajomedieval”, publicado en el mismo año.<sup>15</sup>

Nieves Baranda sobre documentación del siglo XV, especialmente un manuscrito anónimo, conservado en el Fondo Salazar de la Real Academia de la Historia N-7 proponía profundizar posibles respuestas a “¿Cómo veían la caballería de la época sus detractores y qué opinaban sobre tantos torneos, justas, pasos de armas, etc.?” (p. 149). Es evidente que, según documentaba, para muchos “todo esto resultaba superficial y censurable, pues consideraban que los verdaderos ideales de la caballería se han dejado de lado”, y que la “situación social y económica caótica” que se vivía, era consecuencia, precisamente, del “declive de los valores caballerescos”. Y la autora continuaba reflexionando acerca de este “hecho nada extraño, si pensamos que el siglo XV está caracterizado por las luchas por el poder, sostenidas entre las facciones nobiliarias y la realeza, por el surgimiento de una nueva nobleza y por la apetencia generalizada de acceder a la hidalguía, con los privilegios sociales y económicos que conllevaba.” (p. 153). En la documentación del XV estudiada por Nieves Baranda, se critica la importancia que se da al dinero, ya que con él no sólo se compran cargos, también se logra la voluntad de los poderosos “ca con dones e presentes se ganan oy los coraçones de los reyes e perlados, mas no con virtudes e devoçiones” (p. 154), según afirmaba Diego de Valera en sus *Epístolas*. Otra cita del mismo autor, pero correspondiente al *Espejo de verdadera nobleza* es suficientemente explícita: “Ya son mudados por la mayor parte aquellos propósitos con los cuales la cavallería fue comenzada: estonce se buscaba en el cavallero sola virtud, agora es buscada cavallería para no pechar” (= para no pagar impuestos); estonce, a fin

<sup>14</sup> NIEVES BARANDA, “El desencanto de la caballería”, en *Actas III Congreso de la Asociación Hispánica de Literatura Medieval* (Salamanca, octubre 1989). I, Salamanca, Biblioteca Española s. XV, 1994, pp. 149-157.

<sup>15</sup> NELLY R. PORRO, “¿Decadencia o cambio en la caballería? Un pacto esclarecedor en la Castilla Bajomedieval”, en *Estudios interdisciplinarios en homenaje a Ferran Valls i Taberner por el centenario de su nacimiento*. Ed. Manuel J. Peláez, Universidad de Málaga [Barcelona, 1989], pp. 2741-2759.

de honrar esta orden, agora para robar el su nombre; estonce para defender la república, agora para señorearla; estonce la orden los virtuosos buscavan, agora los viles buscan a ella por aprovecharse de solo su nombre. Ya las costumbres de la cavallería en robo e tiranía son reformadas; ya no curamos cuánto virtuoso sea el cavallero, mas quanto abundoso sea de riquezas; ya su cuidado que ser solía en conplir grandes cosas es convertido en pura avaricia” (pp. 155-156). Lo cierto es que la cavallería fue perdiendo paulatinamente contacto con la realidad y uno de sus refugios fue el universo literario, “para el siglo XV había entrado en un declive del que no se recuperaría jamás”, pero, Nieves Baranda termina suponiendo que, quizá, los ideales siguieran existiendo y era “la realidad imperfecta la que provoca[ba] el desencanto” (p. 157).

En todo caso, junto a los personajes ficticios que cumplían mejor o peor los principios que debieran acompañarlos siempre, los caballeros reales, de existencia documentada, distaban muchas veces de la anhelada perfección y utilizaban nada menos que a la Orden de Caballería para medrar y conseguir bienes materiales. Tal vez, por otra parte, se podría dar la razón a Maurice Keen cuando consideraba que “al final de la Edad Media”, se advertía “no tanto la decadencia” cuanto “el cambio de su aspecto”, reflexión que comparte la profesora Nelly R. Porro, quien afirma que, en efecto, “son evidentes los cambios externos —en las tácticas, en la tecnología militar, en lo fiscal— puntualmente presentados por Keen, pero, se trata de ver si estaba intacto el ideal caballeresco, si es verdad que el “concepto caballeresco de nobleza no perdió un ápice de su valor y sus constituyentes esenciales —lealtad, generosidad y valentía— casi no se modificaron”; si podemos aceptar que era más “un cambio en el guardarropa del caballero cortesano que un cambio de espíritu”, conceptos incluidos en *La cavallería* de Keen. Según su pensamiento, el ideal caballeresco se habría mantenido incólume y los cambios se referirían a los aspectos externos” (Porro, p. 2742). Sin embargo, la historiadora argentina señala que un documento bajomedieval propone dudas, pues este texto castellano evidencia el desgaste de esos ideales. Se sabe que el “perfil moral del caballero en los siglos de esplendor” incluía como virtud preponderante, la lealtad que, según las *Partidas*, era “bondad en que se acaban, e se encierran todas las buenas costumbres, e ella es assí como madre de todas”.<sup>17</sup> Sostiene Nelly Porro que “en la segunda mitad del XV un debilitamiento de la antigua fidelidad mueve a los señores a conseguir gente a su servicio” no tanto por fidelidad, sino mediante convenio, así se estipulaba “por una parte la fidelidad y el servicio que se ofrece y, por otra, la recompensa que aquélla y éste traían aparejados” (p. 2743). El documento que la profesora Porro estudia, está en Madrid incluido en los *Asientos y obligaciones entre el conde de Benavente y el caballero Gonzalo de Guzmán, señor de Toral* (“Archivo Histórico Nacional de Madrid, Osuna, leg. 417/36, papel, original”). Y, a su juicio, es: “tes-

<sup>16</sup> MAURICE KEEN, *La cavallería*. Barcelona, Editorial Ariel, 1986.

<sup>17</sup> *Part.* II, 21, 9, *apud* Porro, p. 2742.

timonio elocuente de esta necesidad de pactar”, verificada entre dos nobles.<sup>18</sup> En resumen, el documento muestra el debilitamiento de la fidelidad hacia el señor y hacia el rey, prueba evidente de que sus altos valores se menoscabaron y por ello, Nelly Porro considera que es una verdadera radiografía de una sociedad en la cual los ideales caballerescos declinan. Señala que era “época pródiga en confederaciones, en las cuales se estipulaba una y otra vez amistad y alianza, como si por la fuerza de la escritura y de la frase reiterada se quisiera vigorizar la debilidad de las intenciones. Su sinceridad es, empero, muy endeble; las componendas políticas frecuentes evidencian que la lealtad que caracterizaba otra a los caballeros de cualquier categoría, ya no brilla” (p. 2756).

Además de los personajes principales que hemos mencionado, hay, desde luego, innumerables secundarios, así, las doncellas, y aparentemente, lo son; sin embargo, las doncellas tienen como función ser consejeras, protectoras y también enfermeras: “las doncellas tendieron sus mantos, encima de los cuales desarmaron [a Belianís] e comenzaron a curar de sus llagas como personas que muy bien lo sabían hazer y halláronle tantas heridas, allende de las del dragón, que ellas se hizieron marauilladas cómo fuese biuo” (p. 102). Determinadas circunstancias hacen necesaria su ayuda concreta, v. **ANEXO VI**.

[**ANEXO VI**: Se requiere la colaboración de las doncellas de la casa de Florisbella cuando ésta las envía para tener, por la sabia Belonia, noticias de algún personaje o muchas veces, por ser ellas el único medio de comunicación con la realidad que a los personajes femeninos les es vedada; precisamente, en las doncellas, las damas vuelcan sus confidencias a la espera de una posible solución que, por cierto, son capaces de urdir o preparar y son también las únicas que escuchan el lamento de la enamorada lejos de su ser querido y las quejas masculinas por la ausencia de la amada, como las imprecaciones a esa divinidad que tan grave herida de amor les ha causado].

Con respecto a esta ‘dolencia’ de amor, quiso el autor que no sólo los personajes principales y los de su entorno la sufrieran, sino también sus enemigos, especialmente el máximo oponente de Belianís: Periano, príncipe de Persia, enamorado de Florisbella como Belianís. Hay que subrayar, entonces, que los personajes que indistintamente caen en idéntica angustia son hombres y mujeres: el narrador describe sus muy parecidas exteriorizaciones que, suponemos, asombrarán a los lectores de centurias después, pues aque-

<sup>18</sup>El pacto se hace entre dos nobles, aunque de distinta categoría, Rodrigo Pimentel, conde de Benavente y Gonzalo de Guzmán, su primo, señor de Toral y los capítulos de dicho pacto se firman el 5 de diciembre de 1467. En ellos, se detalla la cantidad de miles de maravedís “por que lo sirua con su persona y casa”, más cantidad de maravedís en carácter de distintas mercedes otorgadas por el rey entre las que se incluyen la tenencia de los palacios del rey ubicados en la ciudad de León; que “sy el dicho señor conde ouiere debate o question con parientes del dicho Gonzalo de Guzmán..., el dicho Gonzalo de Guzman le seruirá con su persona e gente commo suyo”. También se incluye un proyecto de casamiento que al conde place, “por lo mas allegar en debdo e amor” entre una sobrina del conde y el hijo mayor legítimo heredero del dicho Gonzalo de Guzman”, y que desde el momento de firmar, el hijo mayor de Gonzalo se trasladará a Benavente para estar al servicio del conde. Ambos se comprometen, el dicho señor conde “commo conde e cauallero e omme fidalgo” y “Gonzalo de Guzman, commo cauallero e omme fijodalgo” y hacen “juramento a Dios e a las palabras de los Santos Euangelios” de tener e guardar e complir bien e fielmente” “sin cabtela nin enganno alguno todo lo susodicho”. La acción transcurre en la Castilla de Enrique IV, en que, sostiene la profesora Porro, parece haber acabado la lealtad hispana, todos se mueven con el medro personal y siguen a Enrique o a su joven hermano, don Alfonso, obtienen dignidades, mercedes diversas y variados favores.

llos que en las sucesivas batallas despliegan una fuerza casi sobrehumana, al manejar las armas, dar muerte a los adversarios sólo con el poder de sus brazos, o sortear inconvenientes mediante saltos descomunales, son los mismos, sin embargo, que protagonizan en soledad largos momentos de grandes quejas ‘en que parecía que el alma se le arrancase’. Se trata de un constante “tornar a sus grandes sospiros, con tantas lágrimas y solloços que parecía en ellos ahogarse” (p. 162).

A propósito de estos héroes caballerescos y de su quehacer como tales, y con respecto a sus amores angustiosos, desdeñados o aún no correspondidos, el narrador después de aludir sintéticamente a las actividades de Belianís, que llegaba muchas veces a “ínsulas de brauos y fuertes gigantes”, que acababa “marauillosas auenturas”, “auiendo con ellos —los gigantes— muy peligrosas batallas” que con frecuencia “lo llevaron al punto de la muerte”, agrega que “todo lo qual a su generoso coraçón hera descanso porque ocupado en estos militares exercicios daua algún vado a sus mortales angustias, que de cada día más pena le dauan” (p. 199). [vado = “medio para salir del paso” (Cor.); “desus. *tregua*” (DRAE)].

El tiempo no permite detenernos en un aspecto que enriquece la presentación de los personajes, v. **ANEXO VII**.

[**ANEXO VII**: Me refiero al tratamiento con que Jerónimo Fernández hace aparecer a sus personajes, tanto femeninos como masculinos, realmente como si los detuviera sobre un escenario para ser admirados. No es ocasión de ponderar la habilidad descriptiva del autor, ni analizar cada ékfrasis, pero sí individualmente se puede visualizar algún cuadro, un ejemplo preferido de las artes visuales del XV o del XVI, en cuanto a la armonía de colores y formas, los rostros bellísimos, la riqueza de las telas y joyas, los vestidos magníficos..., conjuntos que en la plástica configuraban valiosos retratos que, por cierto, casos hubo en que fueron realizados sin haber visto directamente al personaje en cuestión, como se dice que ocurrió con el célebre retrato de la emperatriz Isabel, esposa de Carlos I, pintado por Tiziano. Es sabido que estas descripciones infaltables en los libros de caballerías, van acompañadas por un rasgo estilístico, verdadero estereotipo del género que es la hipérbole, el exceso en todo: en la cantidad de sangre que brota de las incontables heridas, en el número casi infinito de caballeros que acompañan a los dignatarios reales... y también en la descripción de los rostros, perfectamente hermosos y de los atuendos particularmente lujosos. Así por ejemplo, cuando en determinado momento, irrumpen las “dos graciosas y estremadas princesas” “con tanto extremo de hermosura, que al sol en la quarta esfera do está aposentado, tornaran feo”, o “salió la linda infanta Persiana con tanta hermosura”, “traía vestida vna ropa de raso blanco golpeada sobre tela de oro, por ella con muchos torçales de seda y oro hechas vnas rosas, en medio de cada vna dellas vna gruessa perla oriental, era de tanto valor la ropa que dezían no valer menos *que* la *gran* ciudad de Persépolis. Sus hermosos cabellos *que* como madexas de fino oro era, lleuaua cogidos y encima dellos vna hermosa guirnalda toda poblada de grandes y gruessos çafires, en medio della vna piedra en la qual estaua figurada la deusa del dios Cupido con sus saetas y arco, daua de sí tanto resplandor que a vna hacha escurecía”. Ed. BNM, (fol.xxiiij [rb]-fol.xxiiij [va], cap.XVI) y ed. Kassel,

Reichenberger, (I, pp. 90-91). Y, especialmente, la descripción femenina más importante: “Uenía la sobre todos extremos hermosa princesa Florisbella, con tal apostura y continente que no siento corazón humano que de sola su vista no muriesse: traía vestida vna saya de raso blanco con delantera de lo mesmo toda acuchillada y por los golpes se parecía vn aforro de tela de oro, cada golpe estaua tomado con vna gruessa perla y heran tantas y tam [sic] bien puestas que en ella se hazían vnas labores tan estrañas que el entendimiento dificultosamente las pudiera notar; las mangas traía anchas de las bocas tanto que hasta el suelo llegauan, tomadas con lazos de oro por ellas de las mismas perlas muy pobladas forradas de la misma tela; debaxo traía vnas mangas apretadas de red de oro con tan ricas polaynas que se estimaran valer más que vna ciudad. Traía los sus hermosos cabellos cogidos y puestos tras sus orejas, encima dellos vna rica guirnalda con infinitos diamantes, rubís, zafires y otras perlas de gran valor, en la delantera traía vn hermoso carbunco tan grande como dos nuezes que de sí daua tan gran resplandor como en las oscuras tinieblas de la noche pudieran dar quatro antorchas encendidas”. “Y avnque de la suerte que vos dezimos venía vestida, más hermosa recibían sus atabíos de lo natural de la hermosura de la princesa que la que ella dellos pudiera recibir, a causa de ser su hermosura tan sobrada que con ninguna cosa artificial po[b]día recibir aumento mas de aquel que en la comparación de lo vno a lo otros se podía mostrar, juntamente con tal ayre y meneo que en el andar no parecía mouerse más que si con el delicado viento fuesse lleuada”. Ed. BNM, [fol.lxij *vab*], capítulo XLIII y ed. Kassel, Reichenberger, (I, pp. 247-248)].

Pero, creo que si bien la desmesura es una constante en *Belianís de Grecia*, el autor logra cierto equilibrio por la inclusión de detalles refinados en los que se detiene, como el reconocimiento del protagonista al quitarse las manoplas y dejar al descubierto “sus hermosas manos, las cuales sobre todas sus gracias tenía las más acabadas que jamás en su tiempo pudieron recibir comparación” (p. 250), que casi funcionan como elemento de una probable anagnórisis, y que siempre posibilitan el acercamiento de Belianís hacia Florisbella, subyugada precisamente por lo que el narrador destaca con el calificativo invariable: sus ‘hermosas manos’.

En cuanto a estos dos personajes que constituirán la pareja de enamorados Belianís-Florisbella, hay que subrayar que, sólo avanzados más de 60 folios del L. I., en el fol. lxij va, 247-251, aparece la bellísima Florisbella, y es entonces cuando ambas presencias causan increíbles estragos en ambos.<sup>19</sup>

Pero la herida de amor no sólo aquejará al príncipe, pues “la princesa, los ojos baxos, estaua mirando las hermosas manos de don Belianís y entre sí muy marauillada pensaua que si en el rostro lo fuesse tanto juntamente con la dispusición del cuerpo, que ella vía que en el mundo se podía hallar más gentil y dispuesto cauallero, con lo demás de su fortaleza de que ella hera testigo y como viesse su rostro en el escudo de suerte que le parecía verse en vn espejo [...] aquel falso Cupido començó a tomar entrada en el

<sup>19</sup>Fue tal la impresión que recibió Belianís que quedó “tan turbado que no pudiendo resistir su brauo y fuerte corazón, cubriéndose todo de vn frío sudor como si aquella fuera la postrera ora de su vida, quedó tan enuelesado que si el soldán viéndole tal, pensando que alguna herida mortal le causasse, con él no se abraçara, diera consigo en el suelo, mas con todo esso quedó tal fuera de su acuerdo que no sentía cosa que se hiziesse”.

coraçón de aquella tan libertada princesa, tan de súbito y con tal arremetida que no teniendo lugar de se amparar con el escudo de la razón, antes tomándola del todo desapercibida, del primer combate quedó tan vencida que jamás tuuo esfuerço, coraçón ni ayuda para se poder del todo restaurar”.

Desde aquel encuentro, Belianís amará exclusivamente a Florisbella, pese a otras posibilidades que el paso del tiempo fue presentándole. Tal resultó el caso de la princesa Imperia a quien conoce en Tartaria; “llegado que fue a los reales palacios”, al contemplarla, su especial belleza le impresionó hondamente, recordándole a Florisbella, pero la impresión que tuvo ella fue distinta, pues se unió al comienzo de un verdadero amor. L. II. fol. cxxxv va, cap. xvi, p. 117. La pasión de Imperia aumenta y Fernández describe los variados síntomas: sus regalos, las muy valiosas armas que había hecho hacer para su padre, el Gran Tártaro, “blancas con muchas piedras preciosas” y que entrega a Belianís, así como todos los obsequios que diariamente le ofrecía. La desesperación de la princesa se profundiza, y Jerónimo Fernández, su creador, se aparta de aquel estereotipo femenino que domina el género caballeresco, para convertirla en un personaje casi romántico, v. **ANEXO VIII**,

[**ANEXO VIII** Belianís dormía en la cámara donde había sido colocado hasta que curaran sus heridas, mientras Imperia se deshacía en medio de su pasión, quería preguntarle si su congoja podría terminar, pero “mil veces la vergüença dello la retraía no pudiendo formar las palabras en la boca, conuertiendo el ímpetu del hablar en muy amargas y gruessas lágrimas y mortales sospiros”]

Cuenta el narrador que una noche, Imperia se levantó, y tomando una vela de cera, se dirigió a la cama en la que Belianís dormía y con la vela en la mano, contempló largamente “la lindeza de su figura”. “Recodada sobre su mejilla, tenía su rostro algo apartado del suyo, mirándole de hito en hito, tan sin pestañear ni reboluer los ojos que parecía tenerlos clauados, derramaua tantas lágrimas que todo el rostro y pechos del príncipe tenía bañados, con lo qual don Belianís recordó [= ‘despertó’] y sintiendo el llorar y solloçar de Imperia fingió todavía dormir esperando a sentir qué fin aurían sus tan amargas lágrimas no le mouiendo compassión alguna para que en darle remedio pensasse, dado que en extremo gran pesar tenía en ver aquella princesa tan apasionada, la qual prosiguiendo en el deleyte de su començada vista, quemando sus entrañas con brauo y cruel fuego de alquitrán, començó a dezir: “¡Ay de ti princesa Imperia, tan herida y lastimada de crueles fuegos...!” (p. 187), largo clamor al que siguen varios monólogos desesperados de la princesa, verdaderos plantos: “¡Ay de mí, cruel basilisco de los mortales...”, ¡Ay, caballero de los basiliscos...!”, tensa situación que ocupa varios folios de la obra. Belianís simula despertar de pronto, y obligado por la princesa, le revela su identidad y su amor por la “señora de su coraçón” por quien muchísimos tormentos ‘cruels y desmedidos’ también él padece. Como en alguna novela posterior, esta mutua confesión de sentimientos culmina con el desmayo de Imperia, y el llanto y desvanecimiento de Belianís

por considerarse el causante. Sin embargo, el narrador es objetivo en su tarea y toma distancia, que le permite hacer reflexiones levemente irónicas, casi cervantinas, como ante el desmayo de la princesa, explica que Belianís “tomándola en sus braços”, “buscó agua para echarle sobre el rostro aunque no la hallando” “fue tanta la que de sus ojos comenzó a correr que, fuentes tornados, ninguna necesidad della vuo, tanto que de sus lágrimas toda la princesa estaua cubierta”; “con tanta amargura lloraua como sí a su señora con todos los de su linage ante sí tuuiera muertos”, situación, por cierto, que permite al narrador reflexionar acerca de esos males que aquejan a dos seres excepcionales, un esforzado caballero, que sólo por su nombre “todo el vniuerso temblaua” y una princesa hermosísima colmada de todos los poderes que tenía su padre, el Gran Tártaro... Clama Imperia que todo es obra del cruel Cupido y cuando el desmayo de ambos termina, deciden separarse.

Estos minutos “entregados” a Imperia, quisieron enfatizar el cuidado con que Jerónimo Fernández construyó este personaje que manifiesta con desmesura su dolor, y a quien su creador ubicó acertadamente en un escenario donde adquiere protagonismo peculiar la luz tenue y colorida que surge de la vela. Desde 1547, en que esta novela se publica, pasarán varias décadas hasta que heroínas prerrománticas, melancólicas o agonizantes, lánguidas o vengativas, expresen de tal modo sus sufrimientos. Resulta evidente que junto al mantenimiento de estereotipos genéricos, *Belianís de Grecia* ofrece, además, seres que han adquirido especial humanidad.

Aunque con sentido opuesto, la aparición de otros personajes de jerarquía, pero enemigos de la casa de Grecia, Galanio de Antiocha, y Galfeo el Desconocido, “vn primo de don Galanio”, conlleva la aparición del mal ya que Galanio confiesa al emperador que tenía orden de matarlo, por lo que éste le manifiesta su asombro: “por ver cómo en un cauallero pudiesse caber tan gran maldad determinando darme la muerte a tan gran traición”, a lo que agrega su breve lección: “no considerando que en vn tan gran príncipe como vos estaua peor que en otro alguno, pues no sólo en ser bueno teníades obligación, mas a dar a los de vuestro señorío exemplo, para que semejante contra vos no cometiessen” (cap. IV, p. 21). Es decir que el autor manifiesta su hábil y fino análisis de actitudes humanas, no sólo las referidas a sentimientos amorosos, también las relacionadas con instintivas pasiones y furiosos deseos de venganza., así muestra el desarrollo de la personalidad de estos enemigos de Belanio y Belianís, Galanio y Galfeo con sus miedos y turbación al entender la superioridad del príncipe de Grecia y los suyos, por lo cual juntos planean el siniestro plan de matarlo, pues afirma uno de ellos que “el cauallero está tan malherido que ligera cosa será quitarle la vida”, por lo que con claridad, dice el narrador que “bien le parecieron a don Galfeo, que no menos traydor hera que su primo, sus palabras” (cap. XV, p. 89). Precisamente, este capítulo termina con la decisión tomada “y luego aquella noche aparejaron los caualleros lo que para aquello (o sea el asesinato) auían menester, determinando de dar la muerte a los príncipes antes que su maldad fuesse descubierta”.

De modo que en este libro de caballerías, primero el lector enfrenta diversas manifestaciones de fuerza, capacidades diversas y, en casi todos los casos, triunfos de Belianís y su entorno, todo lo cual alterna con descripción de torneos y diversos comentario sobre ellos. Recordemos que se realizaban fuera de la ciudad y el narrador se refiere a ellos con permanente hipérbole, también en este caso en que intervenían los enemigos de Belianís: Galfeo tenía 25.000 caballeros y Galanio, el doble. Y justamente, se señala su deslealtad, especialmente al transgredir la normativa de los torneos: “¡Muera el falso cauallero que contra las condiciones del torneo tray espada cortadora, como si fuesse batalla!” (cap. XVI, p. 93). Pero después, Jerónimo Fernández se ocupa de ir mostrando las miserias de sus personajes; es decir que, bajo el ropaje de las lides caballerescas, también afloran las mezquinas perversidades. A los iniciales proyectos de destrucción, aun sin respetar los códigos que regían los torneos, seguirán planes de un asesinato, que, por cierto, no se cumplen..., de lo contrario, terminaría la obra.

Con el pedido de Brianel a Belanio para cumplir su gran deseo: ser armado caballero (p.21), se acrecienta el grupo de amigos y aliados del emperador y del príncipe de Grecia, que hacen el mismo pedido y así surgen nuevos personajes y se activa una situación típica del género: la investidura. Los noveles caballeros son numerosos (hijos del Duque de Trebento: don Castel de la Rosa y Sabiano de Trebento; un hijo del Duque de Ponte: Persiano el Cortés; un hijo del rey de Argos, Briamor. Además de los Reyes de Armenia y Tesefante (cap. XVII, p. 99), a ellos se agregan otros, vinculados con diversos momentos y situaciones de la peripecia, como el duque Alfrirón el Cortés, enamorado de la princesa Persiana, quien merece un tratamiento especial por parte del autor: así lo hace aparecer con más de dos mil caualleros “muy ricamente atabiados de fiesta y muchos dellos armados de muy ricas y resplandecientes armas, tanto que don Belianís y sus compañeros que los mirauan recibían gran contentamiento”. Se dirigen a Persépolis a un importante torneo convocado por el gran califa (cap. XI, p. 60). Pero, el autor quiere que quede destacado el duque y así lo describe: “venía armado de vnas armas amarillas como las de don Belianís y encima dellas traía vna jornea de brocado bordada con tanta perlería que daua de sí tales vislumbres que como en ella diesse el sol hazía perder la vista; en el escudo traía pintado al dios de Amor que, al parecer, a vn cauallero que le pedía misericordia la negaua”. A su vez, “el duque quedó tan espantado viendo su dispusición y ricas armas, especialmente de don Belianís, que estuuo como suspendido mirándolos y después que junto a ellos estuuo”, les hizo “vna gran messura, que a marauilla era muy cortés y por tal tenía el sobrenombre”, cap. XI, p. 62.

Lo cierto es que este aumento de figuras hace que los conjuntos ganen en riqueza, en colorido y formas cuando se despliegan atuendos con telas de texturas diversas y armas con distintas divisas —algunas con representaciones de zoología fantástica, como grifos y dragones—, divisas que con frecuencia explican o justifican los apodos (Cauallero de la Rica Figura, por la que llevaba en el escudo y del que el rey de Armenia comenta “nosotros bien tenemos por cierto que el Cauallero de las Armas Verdes era el de la Rica

Figura”, cap. XX, p. 112). También, Cauallero de las Tres Ymágenes, del Dragón, del Águila, Cauallero de las armas amarillas, de las armas azules, de las armas blancas, de las armas negras, de las armas plateadas, de las armas pardas, de las armas rosadas, de las armas verdes, de vnas armas leonadas; Cauallero de los Basiliscos, etc. En otras ocasiones, los apodos se relacionan con variadas circunstancias: el lugar, por ejemplo donde fueron encontrados o donde vivían, como el Cauallero de la Floresta, o el de la Cueva; reflejan en otros casos, sus costumbres, sus sentimientos o su dolor, así, el Cauallero de las dos Espadas, el Cauallero Encubierto, el Cauallero Solitario, el Cauallero Desesperado, entre muchos otros...

Podría resultar de interés un análisis minucioso de la trayectoria de los personajes a quienes el autor reemplaza los apodos, teniendo en cuenta la afirmación de Spitzer, según el cual: “Cualquier caballero de la novela caballeresca, Amadís, Perceval o Ivain, aparece sufriendo una evolución interior, cuyas manifestaciones externas constituyen las diferentes “aventuras” que jalonan su carrera. Y es en virtud de tales aventuras, por lo que el caballero adquiere diferentes nombres, cada uno de los cuales revela la etapa alcanzada. De esta suerte, la evolución queda claramente indicada para el lector”<sup>20</sup> (Spitzer, 1968: 139).

Destaquemos ahora el modo en que griegos y troyanos aparecen en este libro de caballerías publicado en 1547. En primer lugar, señalemos que en la literatura general, en sus distintos géneros, y en la caballeresca en particular, es frecuente que se enfatice la valentía de algún personaje mediante la comparación con el célebre coraje de un héroe troyano. *Belianís de Grecia* ofrece ejemplos del uso de este tópico: en ed. cit., L. I. fol. viij rab, cap. vj, pp. 29-30: “El cauallero preso [ante un grandíssimo golpe de don Belianís] dio vna gran boz diziendo: —No creo quel famoso Éctor tal golpe pudo hazer, sin duda ninguna el cauallero a hallado su par”. Más adelante, fol. xvij va, cap. xi, p. 67, el cotejo se hace entre los dos paladines por antonomasia, Será en los últimos capítulos del Libro Primero de *BdG*, cuando el autor empiece a desenvolver los hilos que constituyen la trama de una de las aventuras más importantes de la obra y que justifica la promesa del título: *Hystoria del magnánimo, valiente e inuencible cauallero don Belianís de Grecia, hijo del emperador don Belanio de Grecia. En el qual se cuentan las notables y valientes auenturas que acabó, con los amores que tuuo con la princesa Florisbella, hija del soldán de Babilonia Y CÓMO FUE HALLADA Y DESCUBIERTA LA INEANTA POLICENA, HIJA DEL REY PRÍAMO DE TROYA*”. A partir del capítulo lxiiij del Libro Primero y por una serie de peripecias propias del género, se entrelazan los hilos de la narración: Clarineo y su hermano Lucidaner han llegado a la ciudad de Troya y Clarineo (fol. xciiij va, p. 375) promete “que si Dios permite que de aquí nos libremos con las vidas, de no dexar por temor de la muerte de poner el tercero cerco a esta ciudad por ver si acauaremos de quitar de aquí tan mala rayz”. Es entonces cuando se produce la aparición de Policena pues sus gritos lastimeros causaron la compasión de los hermanos y con deseos de ayudar a quien los necesitara: “embraçando sus escudos,

<sup>20</sup>LEO SPITZER, *Perspectivismo lingüístico en el Quijote*. Madrid, Gredos, 1968.

poniendo mano a sus espadas, corrieron donde las bozes oýan aunque por no se perder con la gran escuridad no se apartauan el vno del otro”, v. **ANEXO IX**.

[**ANEXO IX**. “Llegaron a vnos altos robles, al pie de los quales la donzella que las bozes daua, hallaron, y junto della número de veynte caualleros, todos puestos en torno en medio de los quales estaua vno, tan alto de cuerpo que vn gran jayán parecía. Tenía la donzella por los cabellos mostrando que, con vna tajante espada que en la mano tenía, le quería cortar la cabeça si en lo que él le demandaua no consintiesse, la qual daua las bozes tan dolorosas; cerca de sí tenían vn muy gran fuego que de sí daua tanta claridad que gran parte del bosque alumbrava”. La ardua lucha de Clarineo y Lucidaner con quienes atormentaban a la donzella, se desarrolló hasta que se abrió una gran boca de fuego por la que fue introducido Clarineo al cual el caballero enemigo acosaba sin interrupción y “le apretaba tan rezio que casi le sacaba fuera de su acuerdo y junto con esto le herían de tales golpes que sus armas juntamente con las carnes heran por muchas partes cortadas”. Por su parte, Lucidaner los hería malamente, y ellos huyeron, la donzella “hincada de rodillas a Dios por su victoria rogaua y lo abrazó, diciéndole: “—¡O flor y espejo de la cauallería del mundo, a cuyo esfuerço los passados ni presentes desta gran ciudad de Troya ni del imperio griego ygualaron, qué gracias os podía dar la más triste y desuenturada muger de las nacidas, que jamás pudo ver sino pesares que con el merecimiento de vuestra soberana virtud puedan recibir comparación! ¡Ay de mí, que los dioses permitiessen que no bastasse la muerte para pagar los grandes daños que por mi causa a esta ciudad vinieron”. Se produce el mutuo enamoramiento y Lucidaner sufre la herida de amor y también Policena, quien “fue herida del mismo fuego que el príncipe” “¡Ay de mí —dixo la donzella— y cuánto pesar recibe mi coraçón en tornar a la memoria tan grandes desastres! Mas, pues para mi remedio aquí creo soys venido, forçado me será dezíroslo para lo qual, aunque tantos años son passados, bien creo aún no será en el mundo de tan grandes hechos perdida la memoria. Bien abrèys oýdo contar quién fue el sin ventura rey Príamo y cuántos y quán grandes males por los griegos le fueron hechos hasta de todo punto destruyr esta ciudad en vengança de la robada Helena, aunque no auría en ellos tanta razón como publicauan, pues jamás al rey Príamo ellos auían querido restituyr a su hermana que vn rey dellos auía lleuado, en las primeras guerras que con esta ciudad tuuieron. Pues aurèys de saber, mi señor, que yo soy la sin ventura Policena su hija, hermana de los valientes y esforçados caualleros Héctor y Troylo y Paris, causadora que fuy de la muerte del valiente Archiles, pilar y columna de la casa de Grecia, para lo cual sabrèys que al tiempo que esta ciudad fue abrasada, la reyna Ecuua mi madre y yo quedamos escondidas y como los griegos se partieron, Andrómaca, muger que fue de mi hermano, sauiedo que los griegos sin muerte no podrían boluer a sus tierras y que auían de boluer por me matar, me encantó en vna cueba que aquí delante está y con mi madre dexó vna donzella en la qual mudó mi propia figura y forma, de suerte que boluiendo el cruel y desapiadado rey Pirro, pensando que a mí mataua, sobre el sepulcro de su padre mató aquella donzella donde se boluieron a sus tierras y yo quedé en este encantamiento. Mas por no auer ellos vengado la muerte de Archileo, todos aunque en sus tierras boluieron, murieron desuenturadas muertes, después de lo qual el rey Astorildo, que gran sabio en las máxicas artes fue, hermano de la sin ventura Andrómaca, tornando a redificar esta ciudad, supo por sus encantamientos cómo yo estaua en esta cueba y tomando consigo vn hijo suyo, se vino

con él asta esta cueba, donde boluendo en mi sentido que hasta allí tuuiera perdido, su hijo mayor que es aquel cauallero que aquí vistes se enamoró de mí y dixo a su padre que si conmigo no se casaua, moriría mala muerte. Su padre el rey me rogó que yo lo consintiese, que él me sacaría deste lugar, mas con el enojo que yo tenía jamás lo quise consentir, ante dixé que sufriría a muerte, mas él vino a tanto extremo que partidos de mí, él y su padre, el mancebo perdió el seso, lo que visto por su padre boluío otra vez a me lo rogar, mas por cosas que hiziese jamás conmigo se pudo acauar, que como por él fuesse visto, tomando a su hijo, hizo mil encantamientos sobre entrambos, de la suerte que veys, que todas las noches viene para mí rogándome por piedad, mas como de mí misma no la tenga jamás la he podido tener dél, lo que siendo por él visto me quiere forçar aunque para esto nuestros dioses le an negado el poder, y apartándose de mí me dan tantos tormentos que no sé cómo soy buia. Todos quantos males son passados por mi linaje se me representan siempre delante y porque supo que por los descendientes de la casa de Grecia yo auía de ser librada, hizo aquí contra ellos grandísimos encantamientos, en los quales ya yo he visto morir algunos herederos de los príncipes griegos. Esta es, mi señor, mi desventura”. “Quién vos contara la admiración quel esforçado príncipe don Lucidaner tenía oyendo a la infanta lo que dezía, viendo ser hija de aquel más nombrado de los reyes de su tiempo y hermana del nunca vencido cauallero Héctor, que hera tan grande que apenas pudo hablar palabra”].

En el Libro Segundo, el narrador retoma las andanzas de Belianís, L. II. fol. cxxxviii r. cap. xvii, pp. 127-128 y también introduce a un famoso personaje troyano al comentar que “entrado en el campo [...] comenzó a mirarle paresciéndole la cosa más hermosa que hasta entonces viera la hechura e riqueza del palenque, estaua cercado de muy gruesos mármoles de fina plata, esmaltados por ellos muchos y estraños acasamientos que en aquel campo auían sucedido”.<sup>21</sup> Y en este Libro Segundo, su autor retorna a la princesa Imperia por la que siente especial conmiseración y la muestra a sus lectores en uno de sus muchos momentos de desesperación, v. **ANEXO IX**.

<sup>21</sup>Ya en la *General Estoria* alfonsí se menciona la circunstancia que sería retomada numerosas veces en textos posteriores: “Écuba dice a Príamo que Aquiles pidió a Polixena por muger”, pedido que se aceptaría, si de ese modo, se lograra la paz entre troyanos y griegos, pero éstos no aceptaron (cap. 580, p. 144); Pirro encontró a Príamo ante la imagen de Júpiter y lo descabezó, Écuba y Policena fueron al templo de Minerva, allí estaba Eneas, a quien la reina entrega a su hija a fin de salvarle la vida; éste, a su vez, la dio a Anchises, su padre, y cuando los griegos quemaron Troya, buscaron a Policena y no la encontraron. Eneas la dio a Agamenon, quien la envió a la muerte a través de Pirro, éste “tomola e lleuola al luzillo de su padre e tendiola de suso e degollola e despues cortole la cabeça”. “E diz aquí la estoria que desa guisa fue muerta Polixena la fermosa” (caps. 600- 602, p.157 ss.). En la *GE*, la traición que hizo que Aquiles perdiera la vida se debió a Hécuba con el concurso de Paris como ejecutor del plan. Por otra parte, la primera alusión a Aquiles como personaje aparece en el capítulo 540 de la *CE*, según las detalladas observaciones de María Luzdivina Cuesta Torre, en su estudio “Aquiles en la *General Estoria*” publicado en 2005 (*Actes del X Congrés Internacional de l’Associació hispànica de Literatura medieval*. Vol. II: Institut Interuniversitari de Filologia valenciana “*Symposia Philologica*”. Alacant, 2005, pp. 645-654). Con respecto al Romancero, es de interés el “Romance nveva mente hecho por Luys Hurtado. En el qual se contienen las treguas que hizieron los troyanos y la muerte de Hector y como fue sepultado. Tambien van aqui los amores de Archiles con la linda Policena”, que empieza “En Troya entran los griegos” y que describe, en su segunda parte, desde el folio 206, la pasión del héroe griego por la princesa troyana: “Archiles tomo osadia / de en Troya entrar desarmado / y fuerase para el templo / do hector esta assentado / y de verle tam bien puesto / se estuuu marauillado / y en ver que las sus faciones / no se auian demudado / allí hallo caualleros / y grandes que hazian llanto / tambien hallo muchas damas / questan plañiendo y llorando / entre las quales fue vna / que el coraçon le ha robado / y es la linda Polixena / questa a los pies del finado / con sus manos delicadas / sus cabellos ha messado / que son como hebras deoro / del oro mas afinado / estala mirando archiles / y así se queda eleuado / en esto vino la noche / y fuerase para el campo / mando llamar a los suyos / y a dos dellos ha mandado / que le hizessen la cama / que le hagan el estrado / y echandose con tristeza / [fol. 207] desta manera a hablado / Archiles triste y sin

[ANEXO IX. “Casi a la clara mostrando los ardientes y crueles fuegos del desapiadado Cupido que sus entrañas talaua y quemaua, deuastando y destruyendo todas las fuerças y fortalezas que en ellas podía auer, trayéndola tan agena y fuera del sentido de la razón que ni pensaua en lo que hazía ni le daua pena lo que esperaua, sus entrañas se deshazían, su alma se abrasaua, su corazón ardía, todas las partes de su cuerpo temblauan cada vez que ante el príncipe don Belianís se vía: vnas vezes pensaua que la quería y que su corazón como el suyo estuuiese lastimado y esto le ponía algún freno; otras vezes pareciéndole que la desechaua, le ponía espuelas y crueles estímulos para passar adelante desseándole aprisio-

fuerça / dime quien te ha catiuado / donde esta tu corazón / quien te le auia salteado / pues que tu mataste a hector / y a todos los mas del campo / que desdicha la tuya / que vna muger te ha matado / robote tu corazón / por el siniestro costado / despues de hablar aquesto / y de mucho auer llorado / determina de escreuir / ala Reyna y Rey Troyano / diziendo altos señores / y reyes de grande estado / aunque he tomado vengança / por causa de Menalao [sic] serete muy obediente / e hijo muy humillado / y hare tornar los griegos / y que dexen todo el campo / si me das a Policena / el fuerte muro troyano / para que case con ella / y sea yo su velado / y hara vna donzella / lo que no hizo priamo / ni menos lo hizo hector / ni cauallero troyano / despues de escrita esta carta / a vn pagezico la ha dado / el page fue luego a Troya / de priessa que no despacio / y dierasela a la Reyna / a ella en su propia mano / de que la ouo leydo / gran pensamiento le ha dado / dixerale al pagezico / dezid al que os ha embiado / que dentro de quatro dias / dare respuesta o recaudo / fuesse a hablar al Rey / a esse gran Rey Priamo / y dixole la embaxada / que archiles auia embiado / en aquesto hablo el Rey / desta manera ha hablado / noble Reyna noble Reyna / mucho estoy maravillado / siendo persona tan sabia / hablar lo que auéis hablado / no sabeys que al enemigo / no se deue hazer pacto / mas tantos ruegos hizieron / que ouo por bien de otorgallo / y fue de aquesta manera / la carta que le ha embiado / que haga yr a los griegos / [fol. 208] y que el le dara recado / y le hara heredero / de dentro de su Reynado”. Aquiles se alegra y habla con los griegos procurando persuadirlos, “ya veys los muy largos tiempos / que aquí tenemos gastados”; “si os parece que nos vamos / baste lo que hemos vengado / pues que por la Reyna Elena / tantas muertes han passado / bastenos matar a hector / fuerte alcaça de troyanos”; “vamos dexemos el campo / a todos parecio bien / y no a esse Rey Menalao / mando tocar sus trompetas / y pregonar ha mandado / que de la gente de Grecia / ninguno no fuesse osado / de dar vida a ningun hombre / que fuesse delos troyanos / y ansi siguieron su guerra / hasta que le dieron cabo”. El romance que sigue en este Cancionero; es el que comienza “En las obsequias de Hector”. y narra la misma situación de Aquiles, con el agregado de las preguntas a Eneas, y al mensajero ya al final del romance: [fol. 209]: “no podía echar la habla / quando miro a Policena / en el corazón le pesara / & con esta gran congoxa / amortecido quedaua / pero como en si boluio / alli luego preguntara / quien era quella donzella / que era tan acabada / luego Eneas le responde / & desta suerte le habla / Policena era señor / Policena la nombrada / que creen que en hermosa / ninguna se le yguala / [fol. 210] y con aquesta respuesta / al mensajero embiara / que lo diga a su señor / que esperandole estaua / que mil años se le hazia / no ver su buena tornada / y en llegando que llego / luego le daua la carta / como Arquiles la leyo / gran plazer en si tomaua / pregunta por Policena / si la vio y que tal quedaua”. También el “Romance sobre la muerte que dio Pirro hijo de Archiles a la linda Policena”, ofrece el diálogo, frecuente recurso estilístico del Romancero, entre la desventurada princesa y su asesino: “O cruel hijo de Archiles / nunca mal te mereci / que si tu padre fue muerto / ni lo supe ni lo vi / no me des assi la muerte / ni tomes vengança en mi / que el fauor delas mugeres / en los hombres yo le vi / no fenezcan los mis dias / ni se pierdan ora por ti / baste baste contentarte / con me ver ya destruir / y la muerte de mis hermanos / con hector el varonil”, “Policena Policena / no se escusa tu morir / pues por tus tristes amores / el mi padre murio aquí / muy bien es que tu padezcas / lo que el padescio por ti / que la muerte se ha de dar / a quien haze a otro morir” (*Cancionero de romances* impreso en Amberes. Ed. facsímil con una introducción por R. Menéndez Pidal. Madrid, CSIC, 1945). En varias colecciones de romances aparecen éstos, en la *Silva de varios romances* de 1561 se agrega: [fol. 172] “A la quel sol se ponía / en vna playa desierta / yo que salia de Troya / por vna sangrienta puerta / delante los pies de Pyro / vide a Policena muerta”, “la llaga de la garganta / es solo señal de muerta / lloran la caudillos griegos” (*Silva de varios romances*, Valencia, Castalia, 1970). En el Cancionero de Baena, varios poemas la recuerdan: “Miembrame de Policena / quando Pirus [sic] la mato”, *Desir* 71 (vv. 49-50), I, p.155; “La infanta Polyçena / fija del buen rrey troyano”, *Cantiga de Pero Ferrus para su amiga* (vv. 17-18), II, p. 652; “E quando Ecuba la su fija vido / a Pulicena ser despedaçada / por el gran Pirro fuera de sentido / quedo como loca desauenturada”, *Desir* 339 (vv. 65-68), II, p. 758; “nin avredes / el amor de Pulicena”, *Respuesta de Juan Garçia contra Juan Alfonso* (vv. 14-15), III, p. 839; “d’aquella que vos queredes / mucho mas que a Policena”, *Este Desir fiso Juan Alfonso de Baena a Ferrant Lopes de Saldaña* (vv. 7-8), III, p. 931; “Dueñas de linda apostura, / Casandra e Pulicena”, *Este Desir muy gracioso e sotilmente fecho e letradamente fundado fiso e bordenado el dicho Ferrnand Peres de Gusman, señor de Batres* (vv.57-58), III, p.1145; “Yo ley la espantable / e cruel guerra de Troya, / do se perdio tanta joya / e gentio innumerable, / e morio el venerable, / poderoso Rey Priamos, / e los dos sus hijos anbos: / Paris, Ector el notable. // Yo ley, pero con pena / el Rey noble desque muerto, / que mataron a grant tuerto / a su fija Policena; [...] e se fiso muy grand duelo / desque vieron ser robada / la muy linda enamorada / del buen cauallero Archiles, / que por manos crueles, viles, / de Pirro fue degollada”, *Desir que fiso Juan Alfonso de Baena* (vv. 203-226), III, pp. 1166-1167.

nar en el fuego que estaua. Andaua tan perplexa que ni se vía, entendía ni conocía, antes haziendo mil ansias, vnas vezes llo / raua, otras se alegraua, otras estaua tan turbada que ni hablaua ni conocía, antes andaua de la forma de los que an visto visiones, espantada de sí misma pensaua que si remedio no vudiesse con que sus males afloxassen, en breue sería su muerte” L. II. fol. clij vab – fol. cliij rab, cap. xxiv, pp. 185-186].

En el fol. cxcvj rb-cxcvij ra, capítulo xlvii, pp. 362-363, del Segundo Libro de *BdG*, se narra una de las aventuras fundamentales de la obra, en la que están reunidos personajes legendarios, lugar al que llega una tienda, que así se describe, v. **ANEXO XI**.

[**ANEXO XI** «Toda de de fino christal parecía, encima della venía vna fuente, que toda parecía manar sangre, quedando en vn muy claro vaso que del mismo christal se mostraua [...] Venía encima della sobre vn pequeño chapitel, vn cauallero sentado, cuyo rostro por la linda infanta Policena fue conocido ser de aquel tan cruel y endiablado cauallero Pirro, que por su matador hera tenido y traía abiertos los pechos con vna daga, por cuya herida parecía salir la sangre que en la fuente daua; en la tienda venían quatro caualleros armados de vnas muy ricas armas negras sin ninguna otra pintura, con vnas señas de luto, de lo qual dentro de la tienda parecía vn teatro estar cubierto y encima dél vna muy linda donzella de la figura de Policena degollada, debaxo de la qual se mostraua vn sepulcro obrado de muy maravillosa manera, por él estaua atraesada vna espada, que del vn cauo al otro tomaua, dentro de la qual vnas bozes muy espantables y dolorosas de rato en rato se oían, como de cauallero que se quexaua. A su lado, encima del mismo sepulcro venían la diosa Uenus, con vna muy rica mançana en la mano, y por la otra, a su hijo Cupido, los ojos destapados y mostráuase de la otra, vn muy valiente y esforçado cauallero que, por vnas letras que en el escudo traía, se mostraua ser el troyano Paris con vn arco en la mano, que mostraua auer hincado vna saeta dentro del mismo sepulcro. Todo venía tan bien obrado que a todos dio grande admiración pareciéndoles jamás auer visto otro ygual; las figuras, avnque todas venían biuas, no parecían menearse más que si muertas fuessen, alderredor del altar donde la donzella venía muerta, estauan gran copia de dueñas y donzellas, cubiertas de muy largos y tenebrosos lutos, haziendo muy gran duelo”. “A la infanta Policena le vinieron las lágrimas a los ojos, pareciéndole que otra vez la destruycción de su padre y hermanos, allí tornasse a ver representada”. Esta aventura trae consecuencias inesperadas porque Lucidaner; como “ante sí viesse la figura de la donzella degollada; pareciéndole que la de su señora fuesse”; cayó como muerto; momento aprovechado por Paris para arrojarle una saeta y fue entonces cuando Policena al creer que su amado Lucidaner ya no vivía, reavivó sus tribulaciones: pese a haber padecido siempre infortunios, su corazón pareció no soportar más tanta congoja, aunque, como recuerda el narrador, estaba “ese coraçón sufriente tan acostumbrado a recibir grandes fatigas, angustias y dolores”. Intentó suicidarse con la saeta, pero en ese momento, el aparentemente culpable de la muerte de Policena en aquellos siglos pasados, el rey Pirro, el hijo de Aquiles y Deydomia, fue cruelmente decapitado, lo que se hizo, según altas bozes proclamaron “por la crueldad que contra la linda Policena pretendió vsar”].

De ese modo, el encantamiento termina, la tienda desaparece y toma protagonismo Achilles: Belianís lo ayuda a incorporarse, pues se comporta como si despertara de un largo sueño, se arrodilla ante Policena y le pide saber la causa desta aventura y pregunta si es aquella que “mi corazón, desde la ora que os vio, nunca jamás otra tuuo por señora”. Aquilles permanece con griegos y troyanos, quienes saben de su prestigio y le hacen conocer sus nombres; después, en la batalla, todos volverán a encontrarse como enemigos.

Pero, recordemos lo ya tan sabido con respecto a Cervantes, y su actitud ante la literatura caballescica: al parecer y en líneas generales, manifestaba desaprobala, sobre todo por el exceso de elementos mágicos, hechizos y encantamientos; por la hipérbole en general, o en particular, por ejemplo, en cuanto al número inverosímil de heridas, después de las cuales el protagonista sobrevive. Fueron más de cien, según el cálculo de Clemencín, sobre lo cual dice Cervantes que “el pobre caballero” “perdía el juicio” y “no estaba muy bien con las heridas que don Belianís daba y recibía porque se imaginaba que, por grandes maestros que le hubiesen curado, no dejaría de tener el rostro y todo el cuerpo lleno de cicatrices y señales” (Cervantes, ed. Riquer: 1967, 34). Cervantes prefería el realismo al estilo del *Tirante*, quizá el de las consideradas novelas de caballerías, con los caballeros ‘que hacen testamento y mueren en sus camas’... Es decir, en principio, parecería que le resultara inaceptable casi todo lo que presenta el *Belianís de Grecia*, no obstante, tengamos en cuenta, en primer lugar, el título del estudio de José Manuel Lucía Megías publicado en 2006, “*Don Quijote*, el mejor libro de caballerías jamás escrito” (pp. 359-369). Y además, no olvidemos que poco después de comenzada la *Primera Parte del Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha* (1605), en el donoso escutinio de la biblioteca del protagonista, *Belianís de Grecia* con escasas reservas, es una de las poquísimas obras no arrojadas a la hoguera. Sobre todo, afirma el cura, que a las partes siguientes “es menester quitarles todo aquello del Castillo de la Fama y otras impertinencias de más importancia, para lo cual se les da término ultramarino, y como se enmendaren, así se usará con ellos de misericordia o de justicia” (ed. cit., p.75). Sin embargo, hay que señalar que el Castillo de la Fama corresponde a la Continuación publicada cuando ya no vivía el autor.

De cualquier modo, llama la atención que, pese a ofrecer tantos elementos desdeñados por Cervantes, *Belianís de Grecia* sea exceptuado en el ‘auto de fe’ del capítulo sexto. Tal vez, por la construcción de los personajes... ¿por algunos en particular?

Después de la Guerra de Troya y sus causas, pasará tiempo incontable y en las primeras décadas del siglo XVI, Jerónimo Fernández escribe el *Belianís de Grecia*, en el que, entre los personajes de su creación, definitivamente ficticios, otorga importancia, según se ha visto, a Belianís, a Clarineo y a Lucidaner, hijos del emperador Belanio. Ellos son príncipes griegos, a quienes su autor hace salir del mundo griego y llegar al mundo troyano, exactamente como habían hecho sus lejanísimos e hipotéticos antepasados.

La diferencia esencial es que a partir de esa circunstancia, todo será distinto y los lectores de cualquiera de las cinco ediciones existentes, advierten que, según Fernández, Policena no ha muerto, sino que está en Troya, encantada, y de ella se enamorará el

príncipe Lucidaner. Precisamente, es en esta princesa troyana, la más doliente de las hijas del rey Príamo, en quien se materializan todos los infortunios, evocados en distintas y sucesivas versiones literarias.

Entonces, reitero: ¿por qué *Belianís de Grecia* no merece el fuego como otros libros de caballerías? Y me atrevo a sugerir el motivo: acaso, por el modo especial con que Jerónimo Fernández construyó los personajes y especialmente a tres de ellos: a Policena, pues se detuvo en ella con minucia y cuidado muy particular, así como trabajó con detenimiento otros dos: Imperia, la princesa de Tartaria y Contumeliano, el príncipe de Fenicia.

Mínimos son los datos que conservamos sobre el autor, este abogado burgalés, que residió tiempo en Madrid y que en 1579, más de treinta años después de la publicación de su *Belianís de Grecia*, ya había fallecido, noticias que brinda su hermano al publicar la Continuación. De modo que para aproximarnos a él, habrá que atenerse, nada menos, a aquello que don Manuel Alvar llamaba las “cargazones individualizadoras en las que se manifiesta la propia personalidad del creador”.<sup>22</sup>

Creo útil además, intentar reconocer las señales a que se refiere Ángel Díaz Arenas en *La instancia del Autor / Lector* (p. 27 ss), en procura de “captarlas y seleccionarlas”. El mundo troyano, en este caso que nos ocupa, especialmente el de la casa de Príamo, ofrecía numerosos elementos que denotan ciertas señales de las preferencias, rechazos e indiferencias del autor y que se perciben en el tratamiento de situaciones y personajes. Así, se advierte su máximo interés por ahondar en el mundo interior de varios de ellos porque, seguramente, no importaban para su obra aspectos de otros reiteradamente presentados como las características de Casandra o la hermosura tantas veces celebrada de Helena, como tampoco se sintió inclinado a dar una versión literaria más de las experiencias dolorosas del rey Príamo, sino que prefirió profundizar en el desamparo de Policena. Y al cambiar de escenario, el creador ahondó también sólo el apasionamiento y las desilusiones de Imperia, la princesa de Tartaria, y la amarga decepción de Contumeliano.

Jerónimo Fernández, aquel escritor burgalés del siglo XVI, en su *Belianís de Grecia* quiso aportar originalidad a la leyenda y así hizo que Aquiles compartiera algunos momentos con griegos (los ficticios creados en Burgos) y con troyanos. Pero, después, lo hizo morir como en los relatos anteriores, también por obra de Troylo, el príncipe troyano, hijo de Príamo, ubicando esa muerte durante la “cruel, temerosa y sanguinolenta batalla” que se desarrolló entre griegos y troyanos. Precisamente, hacia el final del capítulo LII de la *Segunda Parte de Belianís de Grecia*, el narrador contará que se había colocado “sobre vnas ricas andas”, “al esforçado y valeroso príncipe Archilles, para le dar sepoltura conueniente al gran merescimiento suyo” (p. 413).

<sup>22</sup> MANUEL ALVAR, “La estilística de Dámaso Alonso”, en *Nueva Estafeta*, N. 4, pp. 39-46 (Madrid, marzo 1979), p. 22), *apud* Ángel Díaz Arenas, *La instancia del autor / lector*. Kassel, Reichenberger, 1986, p. 22.

Por el contrario, el creador prefirió devolver la vida a Policena, e imaginar que sólo permanecía encantada, quizá con la intención de mantener el afán de concretar ideales de unión y armonía entre griegos y troyanos. Ciertamente es que los tramos finales de *Belianís de Grecia* impreso en 1547 hacen que el lector sólo vislumbre la dicha que, sí, llegará finalmente a Policena, pero que no se materializará en la *Segunda Parte de Belianís de Grecia*, sino 32 años después en la Continuación que será de publicación póstuma, en 1579. Y en esa ocasión, también los otros dos personajes tan finamente delineados por el autor, terminarán sus desvelos, y así Imperia y Contumeliano, juntos alcanzarán la dicha... Es decir que el mensaje que Jerónimo Fernández deja al lector ‘pareciera’ (y uso de intento el verbo parecer, ese verbo de la ambigüedad tan presente en la obra cervantina), pareciera señalar que las numerosísimas angustias que Policena padeció, no sólo en el mundo troyano de sus orígenes sino también más tarde, debieron estar en el camino obligado para conquistar su auténtica felicidad. Pero, Cervantes recuerda, admira y acepta el *Belianís de Grecia*, aquel libro de caballerías que a veces, evoca implícitamente. Quizá, esta su aceptación haya nacido de la proverbial compasión de Cervantes hacia todos los seres desposeídos y sufrientes, compasión que pudo haber despertado en él una piedad especial ante los repetidos infortunios de la desventurada Policena, ante el desconsuelo de la princesa Imperia y ante la desilusión de Contumeliano, príncipe de Fenicia: ya que ellos, en particular, manifiestan el talento de Jerónimo Fernández en la construcción de sus personajes..

#### ANEXOS: I-XI. FUENTES Y TEXTOS DE *BELIANÍS DE GRECIA*.

Las citas textuales corresponden a la primera edición de Jerónimo Fernández: *Hystoria del magnanimo, valiente e inuencible cauallero don Belianis de Grecia*. Burgos, Martín Muñoz, 1547. Ejemplar (BNMadrid, R-i-113), y a Jerónimo Fernández: *Hystoria del magnánimo, valiente e inuencible cauallero don Belianis de Grecia*. Burgos, Martín Muñoz, 1547. Ejemplares: BNMadrid (R-i-113) y Biblioteca de Catalunya (Bonsoms 9-III-2). Introducción, texto crítico y notas de Lilia E. F. de Orduna. I-II. Kassel, Edition Reichenberger, 1997

### Referencias bibliográficas

- AGUADO BLEYE, Pedro: *Manual de Historia de España*. I, II, III, 8ª. Edición. Madrid, Espasa – Calpe, 1959.
- ALFONSO EL SABIO: *General Estoria*. I-II. Edición de Antonio Solalinde, Lloyd A. Kasten y Víctor R. B. Oelschläger. Madrid, 1961.
- BARANDA, NIEVES: “El desencanto de la caballería”, en *Actas III Congreso de la Asociación Hispánica de Literatura Medieval* (Salamanca, octubre 1989). I. Salamanca, Biblioteca Española s. XV, 1994, pp. 149-157.
- BUENO SERRANO, Ana Carmen: “Motivos literarios de la representación de la violencia en los libros de caballerías castellanos (1508-1514): enanos, doncellas y dueñas anónimas”, en *Actes del X Congrés Internacional de l’Associació hispànica de Literatura medieval*. Vol. I: Institut Interuniversitari de Filologia valenciana “Symposia Phologica”. Alacant, 2005, pp. 441— 452.
- CACHO BLECUA, Juan Manuel: “La cueva en los libros de caballerías : la experiencia de los límites”, en *AAVV, Descensus ad inferos. La aventura de ultratumba de los héroes (de Homero a Goethe)*. Edición de Pedro M. Piñero Ramírez. Sevilla Secretariado de Publicaciones de la Universidad de Sevilla, 1995, pp. 99-127.
- Cancionero de Juan Alfonso de Baena*. Edición Crítica por José María Azáceta. I-III. Madrid, CSIC, 1966.
- Cancionero de romances* impreso en Amberes. Ed. facsímil con una introducción por R. Menéndez Pidal. Madrid, CSIC, 1945.
- CARMONA FERNÁNDEZ, Fernando: “Amadís y Don Quijote: pervivencia del motivo medieval del don en blanco”, en *Actes del X Congrés Internacional de l’Associació hispànica de Literatura medieval*. Vol. I: Institut Interuniversitari de Filologia valenciana “Symposia Phologica”. Alacant, 2005, pp. 525-537.
- CHEVALIER, Jean-Claude / Delport, Marie-France: “Traduction et réécriture dans la *Historia Troyana*”, en *Cahiers de Linguistique hispanique médiévale*, n. 14-15, 1898-1990. Paris, pp. 91-110.
- CUESTA TORRE, María Luzdivina: “Águiles en la General Estoria”, en *Actes del X Congrés Internacional de l’Associació hispànica de Literatura medieval*. Vol. II: Institut Interuniversitari de Filologia valenciana “Symposia Phologica”. Alacant, 2005, pp. 645-654.
- DÍAZ ARENAS, Ángel: *La instancia del Autor / Lector*. Kassel, Edition Reichenberger, 1986.
- FERNÁNDEZ, Jerónimo: *Hystoria del magnanimo, valiente e inuencible cauallero don Belianis de Grecia*. I-II. Introducción, texto crítico y notas de Lilia E. F. de Orduna. Kassel, Reichenberger, 1997.
- FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, Manuel: *Carlos V, el César y el hombre*. Fundación Academia Europea de Yuste. Madrid, Espasa Calpe, 12ª edición, 2002.
- GALLEGO GARCÍA, Laura: “Personajes femeninos en el *Belianís de Grecia*, Tipología y tradiciones”, en *Actes del X Congrés Internacional de l’Associació hispànica de Literatura medieval*. Vol. II: Institut Interuniversitari de Filologia valenciana “Symposia Phologica”. Alacant, 2005, pp. 753-763.
- GONZÁLEZ, Eloy R.: “Tipología literaria de los personajes en el *Amadís de Gaula*”, en *NRFH*, XXXIX, 2, 1991, pp. 825-864.
- GONZÁLEZ, Javier Roberto: “Pertinencia formal y funcional de la aventura maravillosa en los libros de caballerías”, en *Nuevos estudios sobre literatura caballeresca*, dirigidos por Lilia E. Ferrario de Orduna. Kassel, Edition Reichenberger, 2006, pp. 111-164.
- GRILLI, Giuseppe: “Los héroes de la guerra de Troya y su recaída en la literatura caballeresca”, en *Annali. Sezione Romanza*, XLIV, I. Istituto Universitario Orientale. Napoli, 2002, pp. 27-46.

- LEOMARTE, *Sumas de Historia Troyana*. Ed., Prólogo, Notas y Vocabulario por Agapito Rey, Madrid, RFE, Anejo XV, 1972.
- LUCÍA MEGÍAS, José Manuel & Emilio SALES DASÍ: “La otra realidad social en los libros de caballerías: damas y doncellas lascivas”, en *Actes del X Congrés Internacional de l’Associació hispànica de Literatura medieval*. Vol. II: Institut Interuniversitari de Filologia valenciana “Symposia Phologica”. Alacant, 2005, pp. 1007-1022.
- MARTÍN ROMERO, José Julio: “El combate contra el gigante en los textos caballerescos”, en *Actes del X Congrés Internacional de l’Associació hispànica de Literatura medieval*. Vol. III: Institut Interuniversitari de Filologia valenciana “Symposia Phologica”. Alacant, 2005, pp. 1105-1121.
- ORDUNA, Lilia E. Ferrario de: “Héroes troyanos y griegos en la Hystoria del magnánimo, valiente e inuencible cauallero don *Belianís de Grecia* (Burgos, 1547)”. En *Actas del IX Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas*, 18-23 de agosto 1986, Berlín, (ed. Sebastian Neumeister. 2 vols. Frankfurt/Main: Vervuert, 1989, I, pp. 559-568).
- ORDUNA, Lilia E. Ferrario de: “La historia de Policena en el *Belianís de Grecia* y algunos textos españoles medievales y renacentistas”. En *Studia in Honorem prof. Martín de Riquer*. Barcelona. Edicions dels Quaderns Crema, 1986, I (1986), pp. 385-408.
- PORRO, Nelly:Raquel.: “¿Decadencia o cambio en la caballería? Un pacto esclarecedor en la Castilla Bajomedieval”, en *Estudios interdisciplinarios en homenaje a Ferran Valls i Taberner por el centenario de su nacimiento*. Ed. Manuel J. Peláez, Universidad de Málaga [Barcelona, 1989], pp. 2741-2759.
- RODRÍGUEZ DE MONTALVO, Garci *Amadís de Gaula*. Edición de Juan Manuel Cacho Blecua. Madrid, Cátedra, 1987. I, 134-140
- SALES DASÍ, Emilio: “Ver» y «mirar» en los libros de caballerías”, en *Thesaurus*, LIV, 1999, 1-32. *Silva de varios romances*, Valencia, Castalia, 1970.
- SPITZER, Leo: *Perspectivismo lingüístico en el Quijote*. Madrid, Gredos, 1968.